ZARAGOZA

Memoria en blanco y negro

ZARAGOZA

Memoria en blanco y negro

ZARAGOZA

Memoria en blanco y negro

Archivo Municipal

Palacio de Montemuzo

22 abril - 5 junio 1994

GOBIERNO DE ARAGON
Departamento de Educación y Cultura

AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA
AREA DE CULTURA Y EDUCACION

La exposición que ahora presentamos, y cuyo contenido se recoge en este sugestivo catálogo, brinda a todos los zaragozanos y aragoneses la posibilidad de conocerse mejor a sí mismos a través de una muy singular *memoria en blanco y negro*, alrededor de la cual se reúne más de un siglo de la vida de Zaragoza, atrapada por el todavía mágico objetivo de los fotógrafos.

Se trata evidentemente de una posibilidad directamente accesible para nuestros mayores, que recordarán parte de sus propias vidas, y las peripecias y sucesos que las caracterizan, a través de unas imágenes que para muchos serán vehículos hacia la nostalgia de una ciudad muy distinta a la que hoy habitamos, pero también los más jóvenes podrán, tras recorrer la exposición (con no mayor asombro que incipiente ternura), conocer, comprender y preocuparse más por su ciudad, y quizá entender y valorar más ponderadamente a las generaciones anteriores que quisieron crear una Zaragoza mejor.

El archivo fotográfico es parte del Archivo Histórico de la ciudad, en el que se conservan, como fundamental patrimonio común, varios kilómetros de documentación escrita y gráfica cuidadosamente organizada. Entre esa documentación se encuentra nuestro pasado, incluidas las fotografías que hoy contemplamos, la imagen de lo que fuimos, la ciudad donde vivieron nuestros padres y abuelos, su crecimiento y transformación, lo que desapareció y lo que ha permanecido a través del tiempo.

Este archivo fotográfico no tendría sentido como mero acumulo de instantáneas más o menos antiguas, ya que es parte de la memoria viva de la ciudad, de esa memoria colectiva de quienes hoy la habitamos y tratamos de hacerla mejor para los actuales y los próximos zaragozanos y aragoneses. Viendo las diversas manifestaciones sociales, cómo trabajaban y se divertían, cómo paseaban, cómo embellecían su entorno y celebraban los acontecimientos festivos, cómo era su vida en definitiva, nos entenderemos mejor a nosotros mismos como parte de esa historia que nuestros predecesores nos legaron y nosotros deberemos dejar a quienes nos sigan.

Confiamos en que esta muestra ayude a construir y mantener los imprescindibles nexos culturales entre nuestro inmediato pasado y el presente que ahora vivimos, y contribuya a que todos seamos más conscientes de la ineludible responsabilidad que tenemos contraída con el futuro.

José Marco Berges
Presidente del Gobierno de Aragón

Antonio González Triviño
Alcalde de Zaragoza

El Archivo Municipal de Zaragoza conserva documentación desde el siglo XII hasta nuestros días, toda ella relacionada con nuestra ciudad. Entre sus fondos se halla la historia, la grande y la pequeña, de Zaragoza y los zaragozanos, desde los más antiguos pergaminos a los planos de modernas edificaciones.

El Ayuntamiento de Zaragoza ha rehabilitado como sede del Archivo, Biblioteca y Hemeroteca un antiguo palacio aragonés (situado en la calle de Santiago) que pocos zaragozanos conocían, el Palacio de Montemuzo. Hoy, completamente restaurado, y dotado con el espacio y los medios adecuados para la conservación de los fondos, ofrece a los ciudadanos el marco idóneo para la institución que encierra la historia de nuestra ciudad. En este edificio, que cuenta con salas de exposiciones, se muestra la colección de fotografías que recoge el presente catálogo.

La mayoría de las fotografías pertenecen a la colección del Archivo. Dicha colección se ha ido formando poco a poco, si bien en los últimos años ha recibido un impulso mayor, gracias a la labor de recopilación de información que Elisa Sánchez ha realizado a través del estudio del "Archivo de Imagen Retrospectiva de Zaragoza"; en este estudio se recogieron los datos de imágenes de la ciudad conservadas en diferentes archivos y colecciones de Zaragoza, Barcelona, Madrid y otras ciudades, así como en publicaciones, prensa, etc... Los archivos más importantes vaciados para el estudio son los de Mas, Biblioteca Nacional, Mora, Coyne, Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, Confederación Hidrográfica del Ebro y el propio Archivo Municipal de Zaragoza. De ellos se recogió información sobre todas las fotografías, grabados, dibujos y cualquier tipo de imagen de la ciudad, además de adquirir, con destino al Archivo Municipal, las que se consideraron más interesantes e ilustrativas. Con ello se han logrado dos objetivos: acrecentar el número de fotografías conservadas en el Archivo y poner a disposición del público una base de datos con información exhaustiva sobre imágenes retrospectivas de Zaragoza, tanto las conservadas por nosotros como las que se encuentran en otros archivos o colecciones. Cada imagen queda descrita en la base de datos a través de los siguientes campos: tipología; título; ciudad; autor;

cuadro técnico; dimensiones; fechas; descripción técnica; conservación; imagen custodiada en; signatura; propiedad; condiciones de la propiedad; condiciones de uso; condiciones de reproducción; forma de adquisición; precio, lugar; fecha adquisición; tema principal; temas secundarios; descripción de la imagen; imagen estudiada mediante; datos históricos; otros datos; observaciones.

Esta base de datos se encuentra a disposición de todos los ciudadanos que deseen consultarla y en ella, como hemos visto, se indica la propiedad de la imagen y las condiciones de consulta y reproducción. Queda mucho camino por recorrer, pero ya se han puesto las bases para la localización y descripción de las imágenes que recogen el pasado de nuestra ciudad.

Con posterioridad a esta labor, el personal del Archivo Municipal ha seguido trabajando con el archivo fotográfico, que se ha visto incrementado por medio de compras (la más reciente la de la colección de Arribas), donaciones, etc...

Todo este trabajo no sólo tiene importancia por su aspecto recopilador de información, sino también porque, como todos sabemos, hay una parte importante de nuestro patrimonio fotográfico que corre peligro de desaparecer. Es obligación de la Administración Pública velar por la conservación del patrimonio histórico y documental, uno de cuyos componentes es la imagen, fija o en movimiento. Por ello el Ayuntamiento de Zaragoza considera de especial importancia la salvaguarda de las colecciones fotográficas que por diversas circunstancias (familiares, de cese de negocio) están bajo la amenaza inmediata de ser destruidas, disgregadas, o de acabar fuera de nuestra ciudad.

La exposición "Zaragoza: memoria en blanco y negro" quiere ser un recorrido por el urbanismo, la arquitectura, las costumbres, la manera de vestir, de divertirse, de descansar y de trabajar de la Zaragoza de finales del siglo pasado y de la primera mitad del presente; no se ha planteado como un exhaustivo repaso a las distintas zonas de la ciudad (eso queda pendiente para sucesivas muestras), sólo hemos pretendido dar un agradable paseo por la vida zaragozana de entonces, observando la transformación de nuestra ciudad. Está pensada para ser vista con tranquilidad, para que los padres expliquen a sus hijos cómo era su barrio, o la plaza donde jugaban de niños, y conozcamos, o recordemos, algunos aspectos de nuestra vida en común.

A través de los textos introductorios de cada uno de los diez grupos de fotografías, Elisa Sánchez nos explica cómo eran las puertas de Zaragoza, sus paseos y jardines, el comercio y la diversión, los monumentos que la adornaban, la importancia que siempre ha tenido el agua para los zaragozanos, las grandes obras que se acometieron en la ciudad, y la instalación de las primeras industrias. Además, cada fotografía va acompañada de un texto explicativo que nos acerca al edificio, monumento o lugar concreto, y lo sitúa en el tiempo y en el espacio, y nos relata la pequeña historia que la imagen insinúa.

En la selección de fotografías no está todo lo que fue, pues es imposible recoger cien años de la vida zaragozana en unas decenas de imágenes; muchos echarán en falta determinados edificios o calles, pero la selección era inevitable y necesaria. Para otros, sobre todo los más jóvenes o aquellos que lleven poco tiempo en la ciudad, será una sorpresa descubrir, por ejemplo, que el paseo de la Constitución tiene un trazado sinuoso porque está hecho encima del Huerva, que la Puerta del Carmen tenía casas adosadas, que entre la Plaza del Pilar y la de la Seo existían, no hace tanto tiempo, una serie de edificios, o que la Plaza de los Sitios fue urbanizada con ocasión de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.

Si con esta exposición y con este catálogo los zaragozanos aprendemos algo más de nuestra ciudad, sabremos también quererla más, y el objetivo se habrá cumplido. Todos los que hemos participado en la selección, la reproducción y el montaje de la muestra, así como los propietarios de los originales de las fotografías expuestas nos hemos sentido "tocados" por la magia de una Zaragoza en blanco y negro. Ojalá hayamos sabido trasladar esa magia a quienes compartan con nosotros el placer de internarnos en nuestro pasado más cotidiano.

Elena Rivas Palá
Archivera Municipal

M.ª Elisa Sánchez Sanz
Etnógrafa

ZARAGOZA A LA VISTA. Panoramas de una ciudad.

Son varias las imágenes en cualquier tipo de soporte que a lo largo de la historia se han generado de la ciudad de Zaragoza, contando con una extensa y rica representación tanto de vistas panorámicas cuanto de otras vistas parciales en las que destacan edificaciones o elementos arquitectónicos. Vistas que han podido ser óleos, grabados, xilografías, estampas, acuarelas, litografías, fotografías, etc.

Las primeras vistas son severas y con representación casi exclusiva de edificaciones, pero ésas, van dando paso a otras en las que aparecen escenas callejeras, el ritmo de la ciudad, su vida, para llegar a aquellas otras, de corte romántico, en algunos casos muy idealizadas, en las que la ciudad se asienta casi que en el centro de un vergel, y se rodea a Zaragoza de verdor, de árboles y de casas de campo o "torres", separando así una campiña bucólica de una urbe ajetreada. Será necesario esperar, no obstante, a la invención de la fotografía para contar con una representación proyectiva y fiel de las imágenes obtenidas, desterrando por tanto el idealismo y situándonos frente a las crudas, esperpénticas o agradables realidades ciudadanas.

La comparación de muchas de estas vistas panorámicas (en cualquier soporte) permite observar diferencias, incluso en una misma época, fruto en muchos casos de los gustos del momento en que se realizaron. Pero también pueden percibirse los errores en los que incurrieron alguno de los autores que en varias ocasiones se inspiraron en grabados de colecciones ya existentes un siglo antes, sin percatarse de los cambios urbanísticos que se hubieran operado entre tanto. Muchos autores se dejaron llevar por su imaginación. Y algunos otros hicieron imágenes especulares, es decir, que copiaron directamente de un grabado impreso cuyo dibujo resultante, al ser necesario para su publicación imprimirlo de nuevo, salía al revés del original copiado. Es posible también conocer quiénes basaron su trabajo en un daguerrotipo o en una fotografía.

Estas vistas de la ciudad suelen ser representaciones independientes pero también puede darse el caso de que Zaragoza aparezca como motivo secundario a consecuencia de ser esta ciudad el lugar elegido por una Virgen para hacer su Aparición, representándose en ese caso la Venida del Pilar con una escena paisajística o urbana que identifique a Zaragoza como tal: Puente de Piedra, Lonja, Seo, murallas, río Ebro...

Generalmente las más antiguas vistas conservadas fueron tomadas por el norte de la ciudad, pasado el Puente de Piedra o desde lo que hoy es la arboleda de Macanaz y hasta desde algún espacio próximo a Juslibol. Pero a lo largo del tiempo van gustando otras atalayas desde las que tomar las imágenes. Así, Monte Alegre (lo que hoy es el Parque de Pignatelli), el actual barrio de las Fuentes, el Monte de Torrero, el Cabezo Cortado, las ventanas del Hospicio (en la actualidad sede del Gobierno de Aragón), etc.

El siglo XIX, por otra parte, supuso el triunfo de la litografía, la invención de la fotografía y la puesta en circulación de la tarjeta postal. Ya para 1860, Mariano Júdez y Ortiz había puesto a la venta una colección de "Vistas de Zaragoza". También Morera y Garrocena vendía vistas esteroscópicas y panoramas de Zaragoza. Simultáneamente, Santos Álvarez y Serra venden "Vistas de Zaragoza" para coleccionar. Además, en octubre de 1860, acompañando a Isabel II, viene Charles Clifford, fotógrafo de S. M., y entre otras varias imágenes de edificios concretos, dejó una "Vista general desde Torrero". En 1870 es Juan Laurent y Minier quien recoge vistas panorámicas de gran interés para Zaragoza como la titulada "Vista general desde el Portillo", la más ilustrativa imagen de cómo fue todo ese sector urbano casi tres cuartos de siglo antes de que se llevase a cabo la apertura de la calle Conde de Aranda y del espacio en torno a la plaza de Toros con sus manzanas de casas, las plazuelas y los solares. También es de Juan Laurent la fotografía complementada a base de dos placas de cristal que representa todo el paseo de la Ribera, desde la Zuda hasta las Tenerías. De 1877 es una lámina en papel carbón que aparece en la obra de un viajero, J. S. Campion, que nos visitó a pie acompañado de su perro Juan. La tituló "Zaragoza, las sierras de Alcubierre y Guara" y en ella se ven tres chimeneas o tres hornos de lo que empieza a ser el despegue de la industrialización zaragozana.

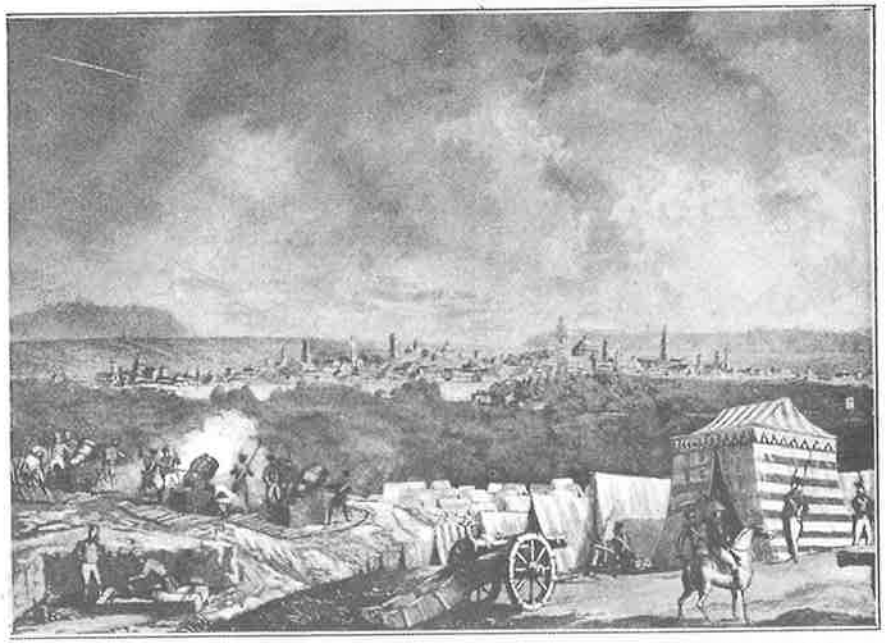
Para 1889 la tarjeta postal ya ha sido autorizada en España. Comercializadas en cuadernillos o por unidades, en los bloques a la venta siempre aparece alguna vista panorámica de Zaragoza. Pero si la fidelidad de su imagen es absoluta e irrefutable, cuenta con algunos inconvenientes técnicos, a veces, insalvables. Por ejemplo, la falta de información complementaria al no mencionarse el nombre del fotógrafo salvo en el caso de que él mismo fuera el editor; además, suelen carecer de fechas, teniéndonos que conformar con la que se especifique en el matasellos (que sólo facilita una información "post quem"). En Zaragoza destacaron las colecciones de postales de Lucas Escolá, Luis Gasca y Manuel Arribas. Pero también trabajaron Thomas y la Casa Madriguera, de Barcelona. Y la Casa Castiñeira y Álvarez o la Empresa Hauser y Menet, de Madrid.

En cualquier caso, es curioso observar que en las imágenes más antiguas hay un alto porcentaje de vistas frontales tomadas desde el norte o desde el sur, lo que en algunas ocasiones les resta autenticidad topográfica porque las distancias entre los monumentos pueden llegar a estar distorsionadas. Se desprende también un marcado interés por hacer visibles los edificios eclesiásticos. Pero ya a finales del siglo XIX se representa una arquitectura más detallada y se recurre a las vistas parciales. Además, todas aquellas imágenes que no están tomadas con una perspectiva frontal, permiten apreciar el grado de urbanización y la densidad de la ciudad, observándose cuál es el volumen construido (e incluso vivienda-patio) y dónde se sitúan las zonas vacías (Huerta de Santa Engracia, áreas limítrofes del Canal Imperial, Arrabal, etc.), así como la tipología de las edificaciones, fundamentalmente a través de las vistas aéreas. Zaragoza fue sobrevolada en avioneta por L. Cepero hacia 1920, lo que le valió la Medalla de la Ciudad concedida por el Ayuntamiento. Siguió el Ministerio del Ejército en 1927.

Después de estas fotografías vinieron las "a vista de pájaro" aportándonos la dimensión de lo insólito hasta entonces: las chimeneas, los campanarios, los parques, los cursos fluviales, los tendidos eléctricos o las antenas de televisión. Otra forma de ver la ciudad, quizá extraña, pero sugerente.

En la Sala Capitular de la Real Capilla de Santa Isabel de Aragón y de San Cayetano está colgado este óleo sobre lienzo (del que se presenta un detalle fotográfico) obra del pintor zaragozano Jusepe Martínez. Se titula "Aparición de Santiago Apóstol a San Cayetano" y debió ser un encargo de la comunidad teatina. Dentro de la composición y en la parte inferior del cuadro se aprecia una vista de la ciudad de Zaragoza, tomada desde el Norte. Evidencia esta imagen el destrozo ocasionado por la riada del Ebro ocurrida el día de Ceniza, 18 de febrero de 1643 contra una de las arcadas del Puente de Piedra, hundiéndola. La reparación de la misma no se hizo hasta 1659, por lo que Felipe IV, el 25 de noviembre de 1646, inauguraba el Puente de Tablas, algo más abajo que el de Piedra (origen, con posterioridad, del de Hierro). La pintura, por tanto debe fecharse entre 1643-59. Pero también destacan otros edificios a través de la imagen tales como la Puerta del Ángel, la Lonja, el Pilar, la Torres Nueva y algunos otros campanarios.

Aparición de Santiago Apóstol a San Cayetano. Jusepe Martínez, 1643-59 / Adolfo Mas Ginesta, 1947. Iglesia de San Cayetano / Archivo Mas de Barcelona.



Con ocasión del Centenario de los Sitios, en 1908, la casa litográfica de E. Portabella, hizo una tirada de tarjetas postales en formato algo más alargado que el habitual, reproduciendo las 36 láminas grabadas al aguafuerte con aguantina realizadas por Fernando Brambila y Juan Gálvez, de las "Ruinas de Zaragoza", que narran los desastres de los Sitios. Recoge esta "Vista general de Zaragoza tomada desde el Monte Torrero", en primer término, el campamento militar de los franceses, sus soldados uniformados, el armamento bélico y las tiendas de campaña. Entre el campamento francés y la ciudad de Zaragoza se aprecia un territorio arbolado salpicado por alguna casa de campo. Al fondo, Zaragoza, arrogante de campanarios, alguno desaparecido durante el Segundo Sitio y otros tirados por la indolente piqueta de este siglo XX.

Ruinas de Zaragoza. Vista General de Zaragoza desde Monte Torrero. Juan Gálvez y Fernando Brambila, 1824 / Litografía de E. Portabella, 1908. Archivo Municipal de Zaragoza.

Esta "Vista de la Calle del Coso después del Primer Sitio" corresponde al mismo grupo de tarjetas postales que la imagen anterior, representando un impresionante y desgarrador aspecto de cómo quedó la ciudad de Zaragoza. Al dolor de los heridos y los muertos transportados por hombres, parihuelas o carros, se une la desolación de los escombros y las ruinas. Del Convento de San Francisco aún quedan en pie las cuatro paredes de su iglesia y parte del Real Hospital General de Gracia así como otras viviendas de esta calle tan principal. A un lado de la imagen, los restos de lo que fuera la Cruz del Coso, recuerdo de los Innumerables Mártires. Columnas rotas, silencio, tristeza...

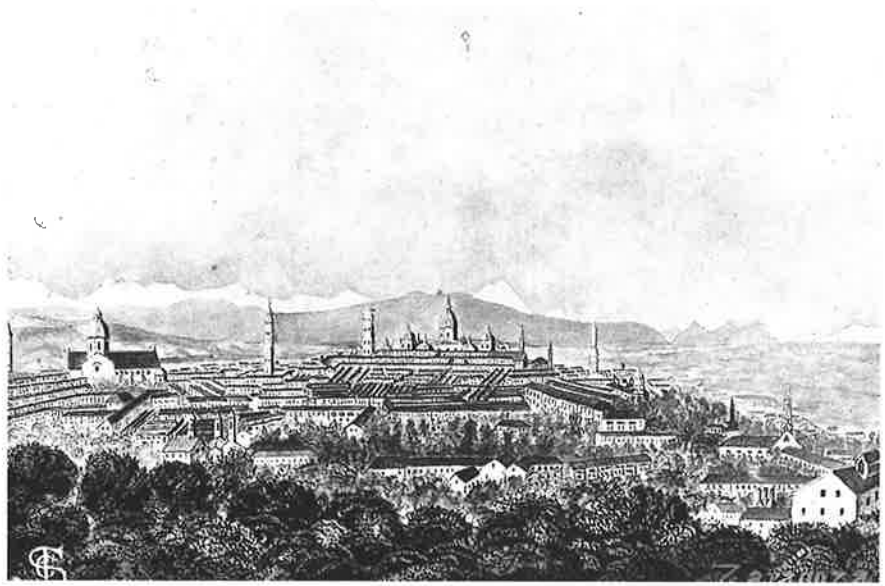
Ruinas de Zaragoza. Vista de la calle del Coso después del Primer Sitio. Juan Gálvez y Fernando Brambila. 1824 / Litografía de E. Portabella, 1908. Archivo Municipal de Zaragoza.

Esta litografía tomada y dibujada del natural por F. J. Parcerisa se centra fundamentalmente en la gran mole del Convento de San Ildefonso, del que sobresale la iglesia barroca y sobre todo su cúpula decorada con tejas vidriadas. En 1835 se había olvidado ya la labor que esta comunidad de frailes dominicos había prestado como hospital de sangre durante los Sitios, convirtiéndose en Hospital Militar hasta 1958, año en el que fue derribado, perdurando la iglesia. Se aprecia igualmente tambor octogonal y linterna de la capilla del que fuera Convento de Santo Tomás de Villanueva de los agustinos observantes, también conocido como Mantería. El chapitel de la torre de San Gil. Las torretas que flanquean el Palacio de los Condes de Morata (la Audiencia). La Torre Nueva con su triple chapitel. Las cúpulas de la basílica del Pilar y su primera torre aún en construcción. Y tapias, huertos, viviendas de adobe o ladrillo, chimeneas, al mismo tiempo que una escena callejera con grupos de hombres y mujeres paseando y conversando.

Zaragoza desde la Misericordia. F. J. Parcerisa. 1844. Archivo Mas de Barcelona.

Esta imagen, tomada hacia 1870, nos proporciona la Zaragoza que se divisaba desde la iglesia de El Portillo. Con la Torre Nueva, viva todavía, y con casi todos los campanarios erguidos, no se imaginaba este pedazo de la ciudad las reformas que se harían sobre él: primero, la remodelación de la Plaza de Toros y varios años después, la apertura de la calle Conde de Aranda tras el derribo de varias manzanas de casas. La Plaza de Toros, construida toda ella en madera e inaugurada el 9 de octubre de 1764, con capacidad para 8.000 personas, ya no es la que se ve en esta imagen, sustituida por otra de ladrillo, aunque descuidada y sucia. La gran reforma del Coso de la Misericordia, sin embrago, todavía no había llegado. No le tocó hasta 1916. Y aún perduran las remodelaciones.

Vista desde el Portillo. Juan Laurent y Minier. Hacia 1870. Archivo Ruiz Vernacci - Ministerio de Cultura.



La Zaragoza que J. S. Campion dejó dibujada y vista desde el Sur, nos acerca a una ciudad geométrica, lineal, sin recovecos ni rincones. Llana, más bien bajita, pero de la que surgen grandes moles: Torre de San Pablo, convento de San Ildefonso, Torre Nueva, el Pilar, la Seo... Y un arbolado exuberante. Pero, quizá, nada más interesante en esta imagen que los tres hornos o chimeneas situados en la zona inferior derecha de la lámina que hablan de la inminente industrialización en Zaragoza.

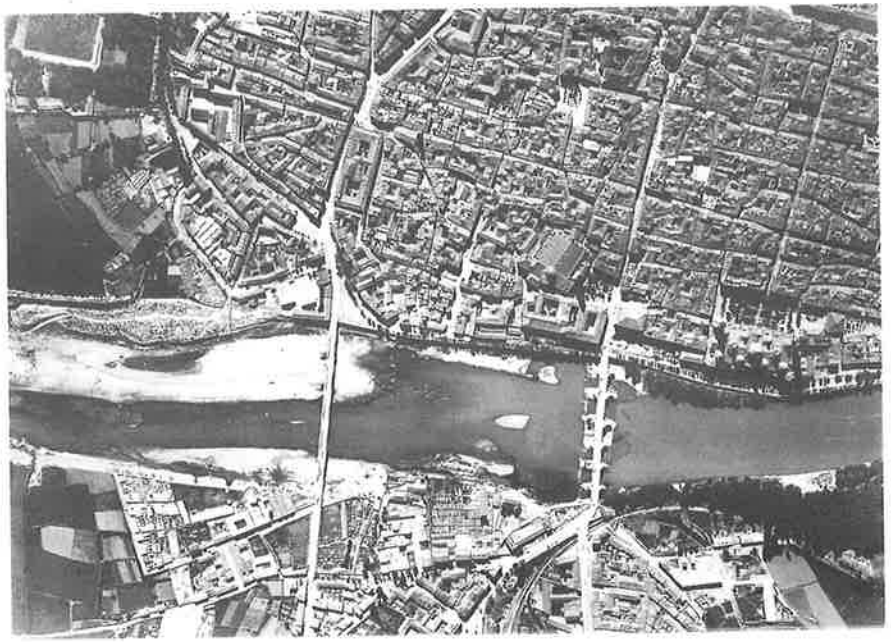
Zaragoza, las sierras de Alcubierre y Guara. J. S. Campion. Hacia 1877. Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional de Madrid.

El hecho de que hacia 1860 la ciudad de Zaragoza necesitase ensancharse obligaba a que su casco urbano tuviera calles rectas y mejor comunicadas entre sí de lo que entonces estaban. La calle del Trenque, que después de su reestructuración se convirtió en la calle de Don Alfonso I, necesitó que varias de sus casas fueran derribadas para proceder a la apertura de la calle, replanteando la alineación y determinando la rasante. Terminadas las obras todos los edificios quedaron a la misma altura intentando que las plantas bajas estuvieran dedicadas a locales comerciales. Esta armonía arquitectónica que aún vemos en esta imagen, tomada desde la torre del Pilar en 1890, seguía de cerca la unidad de composición de las fachadas impulsada por Haussamann en París. Y así perduró durante muchos lustros hasta que la variedad estilística de unos cuantos arquitectos desdibujó algunas manzanas. Mucho más a partir de 1960 cuando ya no se respetaron las normas de construcción. De todas formas, en el momento que se tomó esta instantánea la Torre Nueva lo vigilaba todo.

Vista de Zaragoza. Anselmo María Coyne. Hacia 1890. Colección Manuel Coyne.

Todavía la huerta rodea a Zaragoza. Sin embargo, ya han caído algunas torres y campanarios. Humean las chimeneas industriales de algunas fábricas. La ciudad crece en altura: algunas viviendas ya tienen cinco plantas.

Vista General de Zaragoza. LL. Hacia 1900. Archivo Municipal de Zaragoza.



El viejo "cursus", el Coso tan principal de Zaragoza, ya sólo encierra un trozo más bien pequeño de la ciudad, porque ésta ya ha crecido por los cuatro costados. La fotografía, repleta de casas, calles y plazuelas, nos permite curiosear cuán grandes eran algunos de los edificios más emblemáticos y queridos de los zaragozanos que ya no están entre nosotros, como por ejemplo, la Universidad, la iglesia de San Pedro Nolasco, el palacio del Marqués de Ayerbe, el pretil de San Lázaro y hasta varios lavaderos junto al Ebro o próximos a la Huerva... Aún no se había abierto la calle de San Vicente de Paúl y muchos caserones, viejísimos, tenían sus cimientos sobre otras viviendas romanas o judías... Las excavaciones de los últimos años nos van mostrando el macellum, el foro, la cloaca máxima, el teatro, los baños, las necrópolis... Todo un mundo subterráneo que en esta imagen no se había soñado.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército, 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

DE COMO SE ENTRABA Y SE SALIA.
Las Puertas de Zaragoza.

El perímetro de la ciudad romana, que prácticamente coincide con las actuales calles del Coso, Paseo de Echegaray y Caballero (desde Zuda a Tenerías) y César Agusto (desde Zuda a Coso), configuró un espacio casi rectangular (condicionado en el sureste por el río Huerva) que dio origen a Caesaravgvsta, a Zaragoza. La fundación de esta ciudad (como cualquier otra romana) respondió a una ceremonia llamada "limitatio", que no era sino un viejo ritual etrusco consistente en recorrer el contorno de lo que iba a ser ese espacio sagrado con un buey y una novilla que tiraban de un arado con reja de bronce. El surco resultante era el "pomerium", el perímetro, sobre el que se construirían los muros exteriores, las murallas. En el centro de ese espacio se situaba el "foro", punto en el que habrían de cruzarse dos ejes perpendiculares que daban ocasión a dos calles de diferente longitud: la norte-sur, más corta, llamada "cardo" y la este-oeste, más larga, llamada "decumano". En cada uno de sus extremos se levantaban las puertas de la muralla que, en Zaragoza, se llamaron al menos desde época medieval: la del norte, frente al Puente de Piedra, "Puerta del Angel"; la del sur, en el comienzo de la calle Mártires, "Puerta Cineja"; la del este, en la plaza de la Magdalena, "Porta Romana" o "Puerta de Valencia"; y la del oeste, casi junto al Mercado Central, "Puerta de Toledo".

Murallas y puertas proporcionaban defensa, pero también debieron servir como elemento disuasorio durante algunos siglos. Cuando Abd-al-Rahman III consigue tomar Zaragoza en 937 pide que se desmochen algunos de sus torreones. Debían ser contundentes. Pero posiblemente, no mucho tiempo después se iniciase la construcción de una segunda "muralla", en este caso un muro de tapial, concebido más que como un segundo muro para albergar población, como una delimitación para proteger las huertas y almunias o simplemente con una función de control administrativo.

Todavía con Alfonso I, en 1118, se hicieron restauraciones en la muralla de piedra. Y Pedro II, en 1196, daba mil sueldos al año para que estuviera bien conservada.

En el siglo XIII, dado el período de tranquilidad reinante, se abrieron los compases de la muralla y se le arrimaron viviendas. Y a buen seguro ya para entonces el muro de tapial cerraría el barrio de San Pablo, uniendo parte de la Ribera del Ebro, Puerta de Sancho y Baltax, aunque no se cuente todavía con muchas noticias de cómo se prolongó la tapia hacia Santa Engracia, San Miguel y Puerta del Sol. Pero cuando entre 1356 y 69 tuvo lugar la guerra de los Pedros, otra vez se reconstruyó la muralla.

Llegados al siglo XVI, la muralla romana, el muro de piedra, ya no defendía nada y sus sillares se fueron desmantelando o bien quedaron aglutinados entre los cimientos de los nuevos edificios construidos, eso cuando no se emplearon como materiales constructivos propiamente dichos.

Quedaba el otro muro, el de tapial, que no resguardaba mucho pero que tampoco era necesario. Una copla popular, posiblemente de hacia 1860 recordaba las puertas existentes hasta entonces en Zaragoza, no nombrando la del Duque de la Victoria, quizá por haberse caído ya tras su primera construcción, y la de Toledo y Cineja, por lo mismo. Pero no cita la de Valencia que no se derribó hasta 1867.

Adios, Zaragoza noble,
adios sus ocho portales:
Tripería, la de Sancho,
el Portillo, la del Carmen,
Santa Engracia, la Quemada,
la del Sol y la del Ángel.

Por lo demás, era costumbre cerrar sus portalones a las siete por la tarde, en el invierno, y a las ocho en el verano, excepto las de Santa Engracia y del Angel que no lo hacían hasta las nueve o más tarde,

siempre bajo vigilancia municipal o militar, quedando abierto alguno de sus postigos. Pero en verano, las nueve también parecía pronto porque siendo la hora en que más apetecía salir para tomar el fresco, no se podía. Los ciudadanos protestaron y a partir de 1859, durante la temporada estival, las autoridades fueron más benevolentes en lo referente al horario de cierre.

Todas las puertas tuvieron otro inconveniente: unas garitas en las que se cobraba el impuesto de consumos que no eran bien vistos, obviamente, por los ciudadanos. En 12 de junio de 1911 se promulgó la Ley que sustituía el impuesto de consumos. No obstante, después siguió existiendo el fielato.

Pero Zaragoza necesitaba ensancharse, bien porque físicamente las viviendas ya no cabían tras los viejos muros de tapial o bien porque el tráfico rodado y sus tendidos eléctricos ya no eran compatibles con las dimensiones de las puertas, por lo que, poco a poco, fueron cayendo todas, excepto la del Carmen, que no solamente no se tiró, sino que se aisló para darle mayor realce. A ello contribuyó considerablemente la heroicidad zaragozana con que se defendió este pedazo de la ciudad.

Esta es la Puerta del Ángel, que también se llamó de la Puente o de Alcántara. Abierta durante la fundación romana de Cesaravgvsta permitía el acceso a esta ciudad por su lado norte. Hacia 1493 debió necesitar de una restauración porque estaba muy vieja. Gil Morlanes la decoró con una figura del Angel Custodio del que la puerta tomó su nombre para siempre. Por entonces, ya estaba embutida entre el Palacio de la Diputación del Reino y la Casa de la Puente donde se reunían los Jurados de la Ciudad. Durante los Sitios esta puerta quedó muy destrozada y el 14 de enero de 1809 se retiró la estatua del Santo Angel porque fue necesario poner dos cañones. Volvió a reconstruirse, pero sus huecos no eran suficiente para el trasiego de carros, mercancías y personas, viniendo muy a menos y derrumbándose el 1 de mayo de 1821. Pero cuando el Concejo supo que la Reina Isabel II visitaría Zaragoza, pensó que habría de levantar esta puerta otra vez. Las obras fueron dirigidas por el arquitecto municipal Miguel Jeliner. Aprovecharon los cimientos de la puerta vieja y el resto se subió con ladrillos a cara vista, iniciándose la obra el 20 de agosto de 1860. No duró mucho. En septiembre de 1868 ya se había derribado.

Puerta del Ángel. Desconocido. Hacia 1865. Colección Rafael Barnola.

Esta Puerta de San Ildefonso debió construirse en tiempos de Alfonso I el Batallador y cerraba la antigua Vía Imperial junto al Paseo de Echegaray y Caballero. Pero, popularmente se la llamaba Puerta de la Tripería por sacarse de allí los desperdicios de las reses que se mataban en un local de la calle Escobar. Próxima a la zona de las Posadas y teniendo el Mercado Central en sus inmediaciones, esta puerta fue muy concurrida. Pegado a sus muros solía haber un cartel municipal con la siguiente advertencia: "En esta ciudad no se tolera la mendicidad ni la blasfemia". La Puerta se derribó en 1903 a consecuencia de que por allí había de pasar el colector del Mercado.

Torre de la Zuda. Agustín Lorente. 1903. Colección M.ª Teresa Lorente.

La Puerta de Valencia o "Porta Romana" se alzaba sobre la Plaza de la Magdalena (cuya portada se ve al fondo) y aún conservaba los cimientos de la vieja puerta romana, habiéndose podido ver, cuando se derribó, un sillar con la fórmula de consagración de la ciudad a los dioses. La necesidad de que Zaragoza se ensanchase por este lado, obligó a derribarla en el verano de 1867. Pero en esta imagen, aproximadamente de hacia 1864, aún se puede ver la Puerta unida a los porches del mercado que existía en la plaza y de los que se colgaban los productos así como los vendedores, cubiertos con capas o con mantas, al pie de sus puestos ambulantes. Y hasta un palmón del Domingo de Ramos pendiente de uno de los balcones.

Arco de Valencia. Atribuible a Jaorizti y Mariecurrena. Hacia 1864. Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

La Puerta de Valencia vista desde la entrada de la iglesia de la Magdalena tenía este impresionante aspecto. Los vendedores ambulantes, habituales por la plazoleta, voceando a buen seguro de sus fuentes, platos, y pucheros. Un farol ya alumbraba desde el anochecer la ajetreada vida de las gentes que se abrigaban con gruesas capas de paño.

Arco de Valencia. Atribuible a Jaorizti y Mariezcurrena. Hacia 1864. Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

Esta Puerta llamada de Toledo (que en época árabe dicen que se llamó Beikala) cerraba el lado occidental de la ciudad al final de la Calle Mayor (hoy Manifestación) con dos soberbios torreones. A estas torres se trasladaron en 1440 las cárceles reales. Y allí, desde 1556, estuvo la cárcel de los "manifestados". Una copla resume esos pesares:

En el arco de Toledo
hay muchas cosas que ver,
muchos grillos y cadenas
y muy poco que comer.

Junto a esta puerta estuvo instalada una garita de consumos donde habían de pagarse las mercancías que se entraban a la ciudad. Pero en 1842 hubo de tirarse porque se caía a trozos.

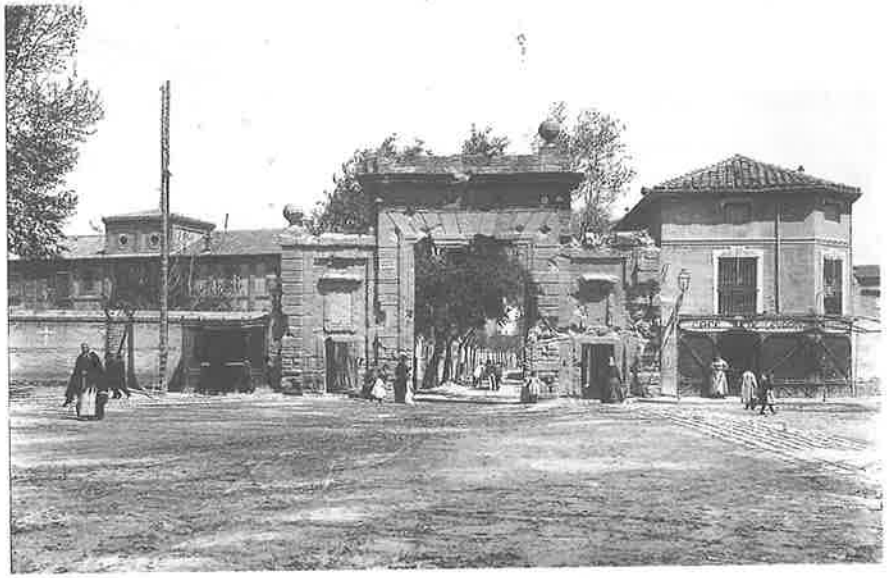
Puerta de Toledo. Desconocido. (*Zaragoza artística, monumental e histórica*, de A. y P. Gascón de Gotor, 1880-84). Hacia 1842. Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

Esta Puerta de Santa Engracia se emplazó entre Capitanía y las casas de enfrente a fines de 1866. Diseñada por el arquitecto Mariano López y los delineantes Mariano Gracia y Lucas Ariza, era de hierro fundido y fue realizada por la Casa Planas, Junoy y Cía de Gerona. De todas formas, varios lustros antes ya habían presentado proyecto Ambrosio Lanzaco (1815) y Tiburcio del Caso (1820) para una puerta en forma de arco triunfal. La que se ve en la fotografía duró varios años pero cuando se hubieron de tirar cables para el tendido eléctrico de los tranvías, la Puerta de Santa Engracia supuso un obstáculo que en aquel entonces (sesión municipal de 15 de mayo de 1902) sólo se supo solventar con la demolición. Y fue derribada en 1904. Delante de su entrada principal se aprecian las garitas para el cobro de consumos. La imagen deja ver, no obstante, el Teatro Pignatelli, su escultura puesta en La Glorieta, la iglesia de Santa Engracia, las torres de San Gil y La Seo y las chimeneas industriales de la fábrica de regaliz de Carenou y Tur y la del Gas. Todo tiempo es bueno para pasear, lo que hacen varios grupos de personas.

Puerta de Santa Engracia. Lucas Escolá. Hacia 1900. Archivo Municipal de Zaragoza.

La Puerta del Duque de la Victoria, junto a la Iglesia de San Miguel, se levantó con ocasión de la visita que el General Espartero hizo a Zaragoza en 1854. Pero se hizo tan precipitadamente que pronto fallaron sus cimientos y se vino abajo ya en 1860. El acaudalado zaragozano Juan Bruil quiso rehacer la Puerta costeándola él mismo previo consentimiento del Ayuntamiento. Era de hierro fundido, de la Casa Henry Crisel, de Londres. Y se abrió al público el 5 de octubre de 1861. Permaneció entera (laterales para peatones y arco central para tráfico rodado) hasta 1911. Después, se desmantelaron los laterales y en mayo de 1919 se desmontó del todo y no se volvió a saber más de ella. Hoy es recordada con una pintura mural en un edificio de la Plaza de San Miguel. Plaza arbolada en el tiempo en que se tomó esta fotografía.

Iglesia de San Miguel. Madriguera. Hacia 1900. Archivo Municipal de Zaragoza.



La Puerta del Carmen ha sido la única que se ha mantenido hasta nuestros días y es Bien de Interés Cultural. Embutida en la vieja tapia que rodeaba Zaragoza, la que hoy conservamos es obra del siglo XVIII. Hubo otra de 1656 que se llamó de Baltax y que terminó cayéndose. La que aún podemos contemplar se inauguró en 1792 y la diseñó Agustín Sanz, arquitecto municipal. La tallaron los canteros Miguel Barastain y Cristóbal Inchausti. Tuvo encima un león municipal, esculpido en piedra que todavía puede apreciarse, en un óleo sobre lienzo obra de Nicolás Ruiz de Valdivia, titulado la Junta de Salvación, propiedad de la Diputación Provincial de Zaragoza. Pero a la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis el león le pareció muy chavacano y de alguna manera intervino para que se quitase de la puerta. Cuentan, que los viajeros extranjeros movidos por la admiración que siempre les produjo el heroísmo de los zaragozanos defensores de esta ciudad, se llevaban pedacicos de sus sillares. Pegada a las tapias que rodeaban el Convento de la Encarnación por una parte y al Café de Levante (que antes había sido un Depósito de Sal), por otra, se pensó que debía aislarse, lo que tuvo lugar el 18 de mayo de 1927. Ese día, la puerta del Carmen tenía flores en cada una de sus grietas, en cada uno de sus balazos, en todas sus heridas. Era un acto simbólico, evidentemente, pero sobrecogedoramente hermoso.

Puerta del Carmen. Ignacio Coyne. Hacia 1910. Colección Manuel Coyne.

EL DULCE PLACER DE PASEAR. Parques y Jardines.

Andar, caminar despacio, airearse, ha sido el recurso más fácil que los humanos hemos tenido para "ver y ser vistos", porque en esencia, pasear, no es únicamente un arranque emocional para contemplar la Naturaleza, sino también una fórmula social para encontrarnos de una manera "casual" con nuestros vecinos y amigos, exhibiendo nuestra indumentaria y riqueza, mientras los niños corretean y juegan.

Los zaragozanos pudieron hacerlo desde hace más de un siglo en los jardines, paseos, plazas y parques que rejuvenecieron Zaragoza y la hicieron más cosmopolita.

Contó la ciudad con un Jardín Botánico desde finales del siglo XVIII llevado a cabo por empeño de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Estuvo emplazado a mitad de la hoy calle de San Miguel y su espacio concernió al convento de Santa Catalina. Para 1843 pertenecía a la Universidad y estaba provisto de pabellones donde experimentar. Pero también había rosaledas y un invernadero que podía contener hasta mil macetas. Sin embargo, cuando en 1908 se parcelaron los terrenos de la Huerta de Santa Engracia para habilitar la Exposición Hispano-Francesa el Jardín Botánico desapareció (hoy reemplazado en el Parque).

En 1812 el ministerio francés, en la persona de Mariano Domínguez, Comisario General de Policía, mandó decorar la ciudad de Zaragoza, tras los Sitios, primero nivelando calles y después mandando plantar árboles alineados. El 30 de abril se iniciaba el arreglo del Paseo de San Francisco desde el Coso hasta Santa Engracia y para el inicio del verano se instalaban los faroles.

Arbolado y poblado de vegetación se vio el Paseo de las Damas hacia 1813, por iniciativa de Pedro Lapuyade, con rosas, *manzaneras ñañas,* romero, salvia, tomillo y otras plantas aromáticas. Y se le dotó de bancos de piedra para sentarse.

También cuentan las crónicas que ya en 1828 existía un paseo arbolado entre la Puerta del Portillo y la de Santa Engracia que se parecía al del Prado de Madrid. Otro paseo, al parecer importante, fue el llamado "Paseo del Arenal", situado entre el Puente de Piedra y el Puente de Tablas.

Un viajero, Francisco de Paula Madrazo que pasó por Zaragoza en 1857, dejó constancia de cómo para ese momento se estaba adoquinando el Salón de Santa Engrancia, muy frecuentado por las gentes, dice.

Pero nada mejor para pasear que los Parques. Uno de los primeros que tuvo la ciudad de Zaragoza podría decirse que fue el espacio que hoy conocemos como Parque Bruil, aunque originariamente se trataba de un monte con olivos propiedad del convento de San Agustín, que tras la desamortización de Mendizábal pasó, por 40.000 reales, a manos de Zacarías Iñigo y María Sardaña, pero que hacia 1845 ya había adquirido Juan Faustino Bruil. Esta finca particular, construida al gusto francés y aderezada con espectaculares jardines ingeniados por los franceses Bonnamy, Carrière, Fossy, Jourdain, Recaud y el belga Neumman, se convirtió en el espacio verde más solicitado de la ciudad. Pero no todos podían acudir. Sabedor el señor Bruil de que su finca gustaba a los zaragozanos, hacía repartir durante los domingos y días festivos unas invitaciones que franqueaban la entrada a los curiosos. Imágenes de Coyne permiten contemplar lo que debió ser un vergel seductor con palmeras, magnolios, cañas de bambú de la India, estanques, animales exóticos y hasta una curiosa montaña rusa. Sin embargo, en septiembre de 1855 una riada del Huerva inundó los jardines dejando muy desmejorados los árboles frutales y las flores. En 1868 se puso a la venta y la "Torre de Bruil" fue adquirida por un notario, Francisco de Cavia, padre de Mariano de Cavia, por la suma de 70.000 escudos. Muerto y sin testamento, el escritor y sus cuatro hermanos se vieron obligados a poner la finca en subasta judicial hacia 1880, quedándosela Ramón Berduque por 87.100 pesetas, que a su vez se la cedió a Sebastián Montserrat quien años después, en 1917, la dejó en manos de su hijo José M.ª Montserrat de Pano. Sus terrenos sirvieron de campo de fútbol, de canódromo y hasta de

garaje. Pero tras varios juicios entre la propiedad y el Ayuntamiento y mediante expropiación forzosa, en 1960 pasó a posesión municipal hasta convertirse en uno de los parques más concurridos por los críos zaragozanos.

Otro importante parque lo es el de Pignatelli, terreno hasta donde se llevó en 1904 la estatua de tan señalado canónigo (procedente de la Glorieta -actual Plaza de Aragón– en donde se alzó desde 1859) para aproximarle más a lo que fue su gran obra: el Canal Imperial de Aragón. Este rincón de la ciudad antes de ser parque no era sino un monte con olivos cuya propiedad pertenecía a Joaquín Martón y a Pablo Buil Bayod. El primero se avino bien con el Ayuntamiento y vendió. Pero D. Pablo que tenía una casa de campo en estos terrenos se resistió cuanto pudo y hubieron de celebrarse varios juicios hasta que cedió a obtener una indemnización. A partir de ese momento se inició la labor de arbolado y ajardinado.

El Parque del Tío Jorge se hizo sobre las Balsas de Ebro Viejo. En 1867 el alcalde Candalija ordenó se echasen sobre ellas los cascotes de los derribos que darían lugar a la calle Alfonso consiguiendo así desecar todo aquel terreno encenagado. Sin embargo, el Parque propiamente dicho no se finalizó hasta hace unas décadas.

Pero, sin lugar a dudas, el Parque más querido y frecuentado por los zaragozanos es el de Primo de Rivera que se comenzó a gestar hacia 1925, contando con un emplazamiento singular al estar limitado por el Canal Imperial de Aragón y por el Huerva. Con el Cabezo de Buena Vista sobre él y rodeado de huertas, fueron éstas, tras su expropiación, poblándose de acacias, álamos, olmos y pinos. Existían ya con anterioridad, desde 1914, algunas iniciativas. Por ejemplo, el "Jardín de Invierno", horadado en una de las laderas del Cabezo para evitar en lo posible las molestas ráfagas de cierzo. Algunos años después fue modificado por el jardinero Abelardo López, añadiéndosele un auditorio. En 1928 y a instancias del paisajista Javier de Winthuysen, el arquitecto Fernando García Mercadal proyectó el "Rincón de Goya", destinado originariamente a sala de exposiciones y biblioteca y rodeado de vegetación. Posteriormente se fueron configurando glorietas, avenidas, caminos, paseos..., como el de los Plátanos, el de Cuarte, el de Mariano Renovales, el de San Sebastián... Y se hicieron rosaledas, parterres y pérgolas. El parque con más hectáreas verdes de la ciudad se fue redecorando también con monumentos tales como bustos, fuentes y pedestales que molestaban al tráfico rodado. Refugiados aquí dentro, entre arbustos, sombras y soledades, el Parque por excelencia de Zaragoza, los cobija para siempre.

No obstante, el crecimiento de la ciudad, la necesidad de aire limpio y la cultura del ocio, obligan a acondicionar nuevos espacios: Macanaz, Delicias, de la Memoria, y otros muchos.

La Plaza de San Felipe siempre ha sido un punto neurálgico de la ciudad. Todavía con la Torre Nueva en pie, las gentes van y vienen por una calzada adoquinada donde se extienden las mercaderías, fundamentalmente patatas. El Palacio de los Argillo estaba destinado a Colegio. Y pasear por esta plaza debía ser tan habitual que ya durante los finales del siglo pasado ninguno de los presentes parece sorprenderse de la cámara del fotógrafo que la plantó delante de esa farola.

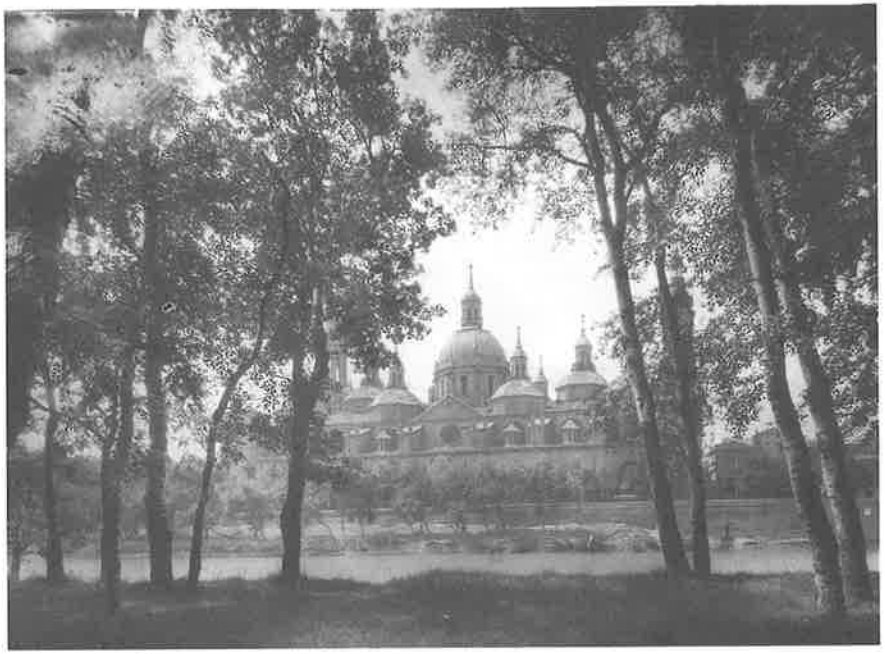
Plaza de San Felipe. L. L. Roger-Viollet. Hacia 1890. Archivo H. Roger Viollet.

He aquí el salón de Santa Engracia, arbolado, simétrico, diseñado a imitación de la Rue Rivoli de París. La acera de los pares con edificios de cuatro alturas y con cinco la de los impares. Con sus urinarios y los kioscos de refrescos, éste era un espacio que invitaba a pasear. Neptuno, el rey de las aguas, sobre su fuente, parecía aconsejárselo a los zaragozanos.

Salón de Santa Engracia. Hauser y Menet, 1892. Archivo Municipal de Zaragoza.

El Paseo de Sagasta que cuando todavía era de tierra se le llamaba Camino de Torrero, tuvo otros nombres: de la República, Wilson, General Mola y, por fin, Sagasta. Fue la burguesía zaragozana la que se hizo construir sobre él sus viviendas modernistas de las que sólo han pervivido unas cuantas. Frondosamente arbolado era espacio frecuentado por los ciudadanos que subían a Torrero. Pero el tranvía lo hacía ya desde el 20 de septiembre de 1886, electrificándose el 10 de octubre de 1902.

Paseo de Sagasta. Manuel Arribas. Hacia 1900. Archivo Municipal de Zaragoza.



La arboleda de Macanaz era un espacio tupido de árboles con varios rincones sombreados en verano. En sus inmediaciones reposaban las almadías que venían desde el Pirineo y cuyos maderos habrían de llegar hasta Tortosa. Al Pilar aún le faltaban dos de sus cuatro torres.

Vista del Pilar desde la orilla opuesta del Ebro. Adolfo Mas Ginesta, 1927. Archivo Mas de Barcelona.

La Plaza de Aragón cuando todavía era una glorieta, rodeada de mansiones con verjas, formaba un círculo vegetal que las gentes frecuentaban para pasear y los niños para corretear. Circunvalada por los raíles del tranvía, un paso con adoquines blancos indicaba a los ciudadanos sus obligaciones como peatones. Dos kiosquitos de madera y varias farolas formaban parte del mobiliario urbano.

Plaza de Aragón. Atribuible a Castiñeira y Alvarez. Hacia 1904. Archivo Municipal de Zaragoza.

La Plaza de los Sitios vista desde el kiosco de la Música ideado por Manuel Martínez de Ubado en 1908 con ocasión de la Exposición Hispano-Francesa. Las varillas de hierro conforman motivos vegetales modernistas que enmarcan árboles y céspedes que dan sombra, verdor y armonía a los ciudadanos que los frecuentan, pasean y disfrutan. La figura escultórica de Agustín Querol, alegoría de la ciudad de Zaragoza, pasea la plaza desde las alturas.

Plaza de José Antonio. García Garrabella. Hacia 1950. Archivo Municipal de Zaragoza.

Entrada al Parque Primo de Rivera tomada desde perspectiva de la Torre-faro de la Feria de Muestras (obra de los Borobio y José Beltrán), mostrando, en primer lugar, el Puente del 13 de septiembre sobre el Huerva. Y en sus inmediaciones, todo el verdor y la labor de jardinería de uno de los espacios más querido por los zaragozanos. La ciudad, abriéndose paso, tuvo que frenar aquí, aunque algún trozo de lozanía verde terminó urbanizándose.

El Parque. Manuel Coyne. Hacia 1930. Colección Manuel Coyne.

Protegido del cierzo está el Jardín de Invierno, compuesto por el Jardinero Mayor Abelardo López de Frutos. Cuenta con un auditorio capaz para tres mil personas, aunque su escenario no ha sido de los más usados de la ciudad. Pero alguna vez..., ya se ve cómo participaban las gentes.

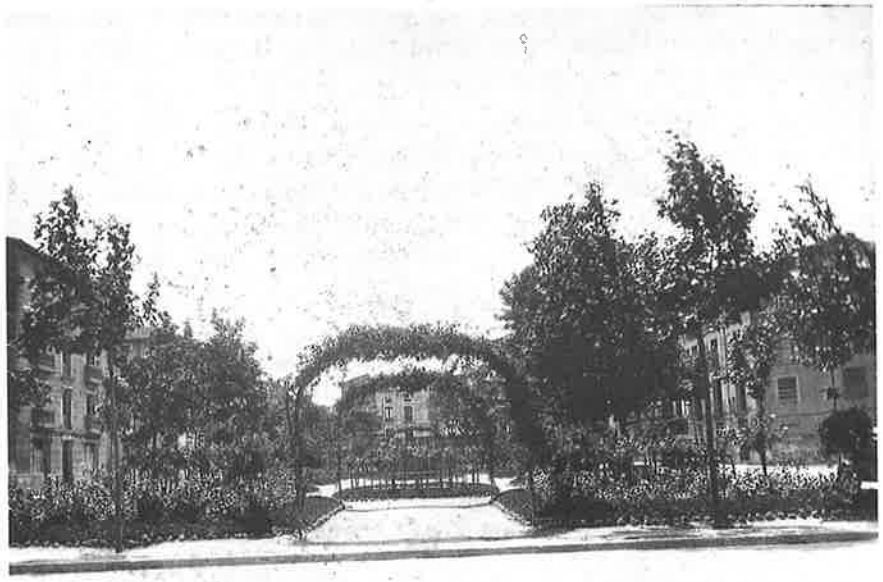
Jardín de Invierno. Atribuible a Palacio. Hacia 1960. Archivo Municipal de Zaragoza.

El Rincón de Goya, una obra racionalista, proyectada y construída por Fernando García Mercadal en 1928, se encuentra dentro del Parque Primo de Rivera y fue el fruto de una idea de Javier de Winthuysen, quien quería hacer para el centenario de la muerte de Goya no una estatua al uso sino un edificio destinado a exposiciones, conferencias y biblioteca. En 1945 la Sección Femenina lo utilizó como escuela de Mandos y en 1978 se convirtió en Colegio Nacional.

El Rincón de Goya y el Parque Primo de Rivera. Atribuible a Sicilia. Hacia 1960. Archivo Municipal de Zaragoza.

La Plaza del Justicia, junto a la Iglesia de San Cayetano, ha tenido varios aspectos. En 1951 se le instaló una fuente con diecisiete surtidores y varios años después, se quitó y se trajo la Samaritana que había en la Plaza de la Seo. Pero sus bancos, la sombra de sus todavía diminutos plátanos, su cuidado jardinillo, siempre fue punto de encuentro, camino obligado hacia el inmediato Colegio Notarial o atajo hacia la Plaza de San Felipe... Y en Semana Santa, encuentro de Cofradías.

Plaza del Justicia. Palacio. Hacia 1960. Archivo Municipal de Zaragoza.



La Plaza de Santo Domingo, que se llamó de la Libertad hasta 1937, entre sus múltiples remodelaciones tuvo ésta, haciendo de ella una rosaleda, aunque el espacio se ve solitario, triste o acaso eran las horas calurosas de un mediodía del verano zaragozano.

Plaza de Santo Domingo. Atribuible a Palacio. Hacia 1960. Archivo Municipal de Zaragoza.

UN PASEO EN BARCA. El Canal Imperial.

El Canal Imperial responde a una vieja idea que no fue en su origen más que un hecho jurídico, esto es, la concesión que Pedro IV hizo en 1339 a los hortelanos de la zona sur de Zaragoza de tomar agua del Ebro y del Jalón para poder regar. Pero no fue hasta 1496 cuando el Concejo zaragozano se planteó seriamente fabricar una acequia. El permiso le fue concedido por Fernando el Católico hacia 1509, iniciándose la construcción de un azud en Gallur que, finalmente, no dio los resultados previstos al no aportar el volumen de agua deseado.

Carlos I se convirtió en el siguiente impulsor de la obra y entre 1528-29 fue elegido el proyecto de Gil de Morlanes que tomaba el agua en Fontellas (Navarra) y hacía viable el riego. Eso se creía. El tiempo demostró que no. Además, surgieron recelos y disputas por estar ese tramo bajo otra jurisdicción. El rey hubo de pedir licencia pontificia para poder trabajar los días festivos porque la obra apremiaba. Durante diez años se trabajó en el territorio que conocemos como Bocal Real. Se construyó el azud y la casa de compuertas, pero no existiendo la pendiente necesaria en los primeros kilómetros del cauce, la acequia (desde entonces llamada Imperial) se cegaba frecuentemente. De alguna manera, la iniciativa zaragozana, había fracasado.

El siglo XVII presenta una Acequia deteriorada y son varias las protestas de los agricultores de Gallur. Domingo de Uzanda llegó a hacer un proyecto para renovar y prolongar la Acequia, no sólo hasta Zaragoza, sino hasta La Zaida. Pero estaba tan dañada, averiada y estropeada que prácticamente era una ruina. A la llegada de los Borbones su decadencia era total.

Sin embargo, la idea de conseguir agua para regar, que siempre fue atrayente, arropada por otras causas tales como el aumento demográfico del siglo XVIII y la demanda de tierras para uso agrícola, no se abandonó, y hacia 1722, coincidiendo con que una avenida de agua destrozó la presa de El Bocal (del mismo modo que en junio de 1766 reventó la de Mezalocha, sobre el río Huerva), se pensó que reconstruir la vieja Acequia Imperial no sólo era necesario sino imprescindible.

El Canal Imperial de Aragón se perfilaba, por tanto, como una gran obra que facilitaría agua para el riego y posibilidad de transportar mercancías y viajeros. No debía desperdiciarse tampoco la influencia que el Conde de Aranda, aragonés, pudiera tener en la corte madrileña. Por otra parte, era aconsejable que la obra fuese apoyada por la Monarquía.

En 1734 se le pide a Bernardo Lana que nivele la Acequia y junto con Sebastián Rodolfi exponen que riego y navegación son posibles. En 1757 fue Carlos Witte quien hizo un nuevo proyecto basándose en el de los anteriores. Finalmente, Juan Agustín Badín presentaba proyecto en 15 de mayo de 1766 que le fue aprobado en febrero de 1768. Se creó así la Compañía de Badín integrándose en ella Cornelio Juan Krayenhoff como ingeniero. Pero se suscitaron nuevos problemas que si bien ya no eran técnicos, lo fueron económicos dadas las partidas de dinero que en concepto de sueldo se aplicaron cada uno de los socios y la malversación de fondos que hicieron.

En 1772 Ramón de Pignatelli es nombrado por su primo, el Conde de Aranda, gobernador del proyecto y Protector del Canal, y le encarga organizar las oficinas que la Compañía tenía en Zaragoza, descubriendo para su sorpresa que era bien poco lo que se había avanzado en el Canal, faltando incluso los planos de riegos, los perfiles de tierras, etc. Fueron tales las irregularidades que tanto Pignatelli como Antonio Payás, administrador general, encontraron, que este último viajó a Holando donde descubrió que Heshuysen & Boas no eran los financieros de la Compañía de Badín sino simples comisionistas que, además, operaban con dinero prestado. Nueva interrupción en las obras.

Se hubo de esperar hasta 1776 para que la construcción del Canal Imperial tomara otro cariz. Carlos III nombró a Floridablanca supervisor del Canal. Los ingenieros Julián Sánchez Boort y Luis Chimioni se hicieron

cargo de las obras y Pignatelli consideró que era necesario construir el Bocal Nuevo aguas arriba del Bocal Real y aprovechar muchos tramos del cauce de la Acequia Imperial.

Fuentes, boqueras, almenaras, puentes (como el famoso "de América" en Zaragoza, así llamado por haberlo construido el "Regimiento América de Infantería, n.º 40" mandado hasta aquí por Floridablanca), fueron alzándose a lo largo del recorrido... El 14 de octubre de 1784 llegaban las aguas del Canal a Zaragoza y Pignatelli lo recorrió a bordo de una barca preparada para la ocasión. ¡Gran momento histórico para este cauce de agua!

Pero después de la muerte de Ramón de Pignatelli ocurrida en 1793, el Canal no se engrandeció mucho más, porque aunque el Conde de Sástago, su continuador en el cargo, trató de prolongarlo aguas abajo de Zaragoza, las tierras de El Burgo, yesosas, se mostraron inadecuadas. Sí, en cambio, hizo abrir los caminos que acercaban hasta el puerto de Miraflores, en Torrero, y mandó construir la iglesia de San Fernando.

Al Conde de Sástago le sustituyó Larripa que ya fue Director del Canal y que también fracasó en su intento de revestir el cauce del Canal más abajo de Torrero. A Larripa le sustituyó Juan de Peñalver hacia 1806. Después, la Guerra de la Independencia volvió a frenar ilusiones. El mariscal Suchet, Gobernador General de Aragón, nombró a Pedro Lapuyade Director y Administrador del Canal. Pero cuando los franceses se marcharon en 1813 quemaron varias esclusas, destruyeron el Puente de América e invalidaron el varadero de barcos y otras dependencias del puerto de Miraflores. Hasta 1815 el Canal no volvió a tener protector, nombrándose a Martín de Garay Perales. Pero ya nunca tuvo el esplendor de cuando Pignatelli lo gestionó. Pasadas tres décadas se crearon los Sindicatos de regantes y treinta años después se fijó el régimen jurídico de las aguas.

Se ha de indicar, no obstante que, cuando el riego estuvo asegurado, los esfuerzos se concentraron en conseguir una navegación adecuada a las aguas del Canal, que permitiese no solamente el transporte de mercancías sino también el traslado de viajeros. Y se convirtió en una importante vía de comercio que permitió a los labradores y a los comerciantes enviar y recibir cereales, hortalizas, madera, regaliz, sosa, cacao, etc. Al mismo tiempo, se originó un pequeño tráfico de viajeros comunicando Tudela con Zaragoza y vicecersa y Zaragoza con todos los pueblos ribereños.

Los primeros barcos usados necesitaban de caballerías que tirasen de ellos desde las orillas, existiendo entre otros puntos, un cambio de mulas en Torrero. Y cuando la meteorología lo posibilitaba los barcos arriaban su vela. Pero cuando hacía mucho viento o el cauce se helaba los barcos no salían, obviamente.

Sin embargo, este trasiego de personas y cosas por el Canal fue extinguiéndose poco a poco cuando el ferrocarril Zaragoza-Alsasua fue inaugurado en 1861. Además, la continuación del de Zaragoza a Barcelona hizo perder la ilusión por prolongar el Canal hasta Tortosa, al margen de los inconvenientes geológicos. De todas maneras, hubo un nuevo intento de navegación hacia los años veinte y entre 1940 y 1953 para transportar la remolacha y el trigo de las Cinco Villas que llegaban a Zaragoza por barco tras haber sido transportados en tren desde Sádaba a Gallur.

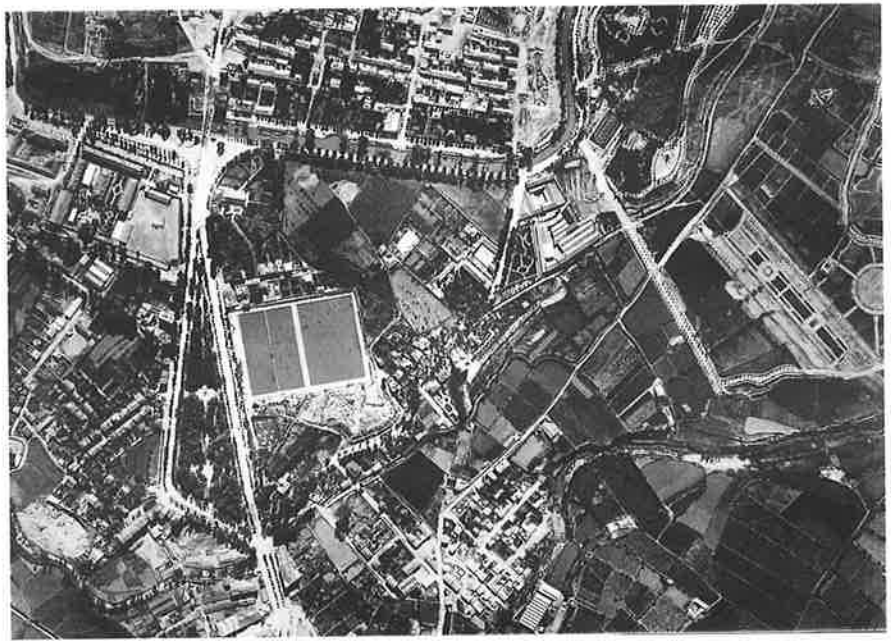
De cualquier modo, el Canal Imperial de Aragón permitió la industrialización de Zaragoza, creándose a su paso, harineras, molinos, talleres de fundición tras las concesiones de saltos de agua. Y las azucareras también fueron posible.

El trasiego de barcos, no obstante, dio lugar a la creación de una importante infraestructura en el Puerto de Miraflores donde trabajaban varios empleados con profesiones específicas. Los barcos necesitaban repararse cada poco tiempo y para ello existió un dique donde se carenaban y aparejaban, en el mismo lugar donde hoy se alza el edificio del Canal Imperial de Aragón, entre el Puente de América y el inicio de la Avenida del mismo nombre.

Con el tiempo, el Puerto de Miraflóres se convirtió en un espacio para pasear y surgió la "Terraza de Pina", lugar hasta donde los zaragozanos subían prestos por el gusto de caminar bajo los árboles, resguardados del cauce por las barandillas. Podían pasear, hablar o sentarse. En febrero de 1901 se construyó el muro de contención de la Playa de Torrero, frente al varadero, en el lado izquierdo, hasta entonces cubierto de cañas y carrizos. Y en mayo de ese mismo año se pusieron bancos de piedra que fue traída de Tafalla.

Era el paseo preferido de los zaragozanos. Astillero y fondeadero se convertían durante el solsticio de verano en el lugar más concurrido de la ciudad porque allí se celebraba la verbena de San Juan, para junio. Unos simples farolillos de papel con una vela dentro colgados de los árboles servían para alumbrar la alameda. Y los barquillos, la quincalla, las golosinas, los cestos de albahaca..., se exhibían para que la gente se acercase a comprarlos. Y hasta las orquestinas y los empedernidos bailadores se arriesgaban a hacer sonar la música y a bailar, montados en barcazas, si bien para San Juan el Canal bajaba su volumen de caudal.

Remar se convirtió en otro placer sin límites complementado con la contemplación de las ramas secas de los álamos en invierno o la de sus amarillentas hojas en los mansos otoños de ese paseo evocador que fueron las orillas y el cauce del Canal Imperial de Aragón en sus mejores tiempos. Un paisaje de ensoñación que hemos dejado perder.



Esta vista aérea, tomada por el Ministerio del Ejército en su vuelo realizado en 1927, nos evoca un paisaje de mesura y calma atravesado en la zona sur de la ciudad por el cauce del Canal Imperial de Aragón a su paso por Torrero, cuando todavía los zaragozanos se acercaban hasta él por el gusto de pasear, por el placer de remar, por la satisfacción de divertirse. Cuidado, protegido con barandilla, bordeado de árboles, era un lugar al que apetecía ir para disfrutar. También, es que era otra Zaragoza, menos poblada, menos construida, más hortelana, menos ciudadana. Pero más verde, más tranquila, muy concurrida por sus gentes. La fotografía deja bien visible el barrio de Venecia, el Cuartel de Castillejos, los Depósitos de agua, la Subida de Cuéllar y buena parte del Parque.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército, 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

El 14 de octubre de 1784 las aguas del Canal Imperial de Aragón llegaron a Zaragoza. Estas son las esclusas de San Carlos, en Casablanca, cuando todavía tenían puertas que eran accionadas por dos hombre y el agua se acumulaba para que las barcas pudieran salvar el desnivel existente de varios metros.

Esclusas de Casa Blanca. Manuel Lorenzo Pardo, 1929. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Junto a las esclusas de San Carlos se alza el molino de Casablanca empleado en otros tiempos para moler trigo y hacer harina, así como la almenara de desagüe por la que pasa un golpe de agua que vuelve al Canal debajo de las esclusas.

Central Eléctrica [en Casablanca]. Manuel Lorenzo Pardo, 1929. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Todos los años, entre febrero y marzo, durante unos días no corre agua por el Canal Imperial, para proceder a su dragado y limpieza con el fin de quitarle todo el "cardagal" que las aguas no pueden arrastrar. Hacia el año 1800, el italiano José Viga diseñó una máquina para dragar el canal y una guadaña para cortar los carrizos de las orillas. Pero no tuvo mucho éxito. La draga que aparece en esta fotografía fechada hacia 1909 es la que finalmente se impuso. La limpieza del cauce del Canal sirve para conseguir que la resistencia al agua de las márgenes disminuya y que aumente su caudal y su velocidad.

Barcaza [draga] ***en el Canal Imperial.*** Adolfo Mas Ginesta, 1909. Archivo Mas de Barcelona.

Una de las curvas del Canal, apreciándose en toda su grandiosidad la impresionante arboleda y las orillas de tierra y abarandilladas. Una idílica imagen anterior a la época en que las márgenes comenzaran a degradarse con vertidos y contaminantes.

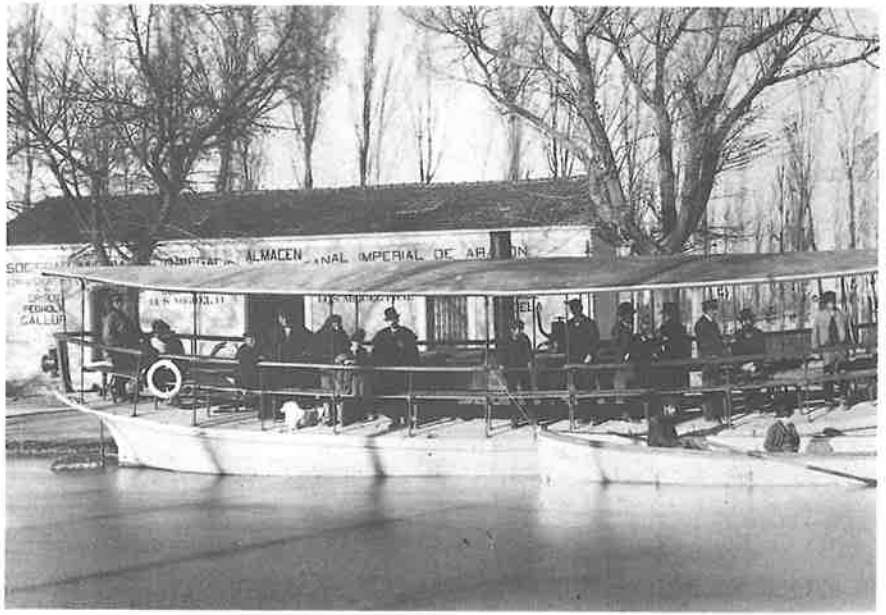
Canal Imperial y Paseo. Adolfo Mas Ginesta, 1927. Archivo Mas de Barcelona.

El primitivo Puente de América construido por el Regimiento de Infantería "América" n.º 40, en época de Floridablanca, tomó de aquél su nombre y lo configuraban dos rampas. A su entrada había una casa de portazgo. Pero para 1873 estaba viejo y destrozado, no volviendo a tener pretiles hasta 1886. El crecimiento del barrio de Torrero, no obstante, hizo aconsejable proyectar otro puente. Una de las propuestas entregadas en 1901 lo presentaba móvil. Pero la idea no cuajó. El actual Puente de América que es el que se aprecia en esta postal se inauguró el 11 de octubre de 1903, siendo alcalde Amado Laguna de Rins. A la derecha, y por detrás, aún puede verse uno de los diques cubiertos donde se carenaban y reparaban los barcos que aún se mantuvo hasta 1949. Luego lo derribaron. Hoy ocupa su lugar las oficinas o Casa del Canal Imperial de Aragón.

Puente de América. Manuel Arribas. Hacia 1940. Archivo Municipal de Zaragoza.

La góndola de "Santa Cecilia" era un cisne blanco tirado desde la orilla por una caballería, que llevaba a los zaragozanos desde la Playa de Torrero hasta la "Quinta Julieta", finca arbolada, con cuevas artificiales, dos lagos en los que remar y una pequeña placilla de toros. A comienzos de siglo se iba hasta allí para merendar. La góndola se guardaba en uno de los diques de Miraflores. Pero hubo también otros barcos con interiores aterciopelados y adamascados muy lujosos como el "San Fernando", el "Nuestra Señora del Pilar", el "Isabel II", el "Santa Engracia" o el "Don Ramón de Pignatelli".

Góndola del Canal. Hauser y Menet. Hacia 1910. Archivo Municipal de Zaragoza.



[...] "En las diez y seis leguas que tiene el Canal en el dia navegables desde el Bocal á Zaragoza, no deja de tener el público un interes conocido, pues transporta por el agua todos sus géneros y frutos de cualquiera clase que sean, para lo que hay prevenidos barcos de transporte muy bien acondicionados, y cuyo flete es sumamente barato y cómodo. Lo mismo sucede con el transporte de las personas, para las que hay otra clase de barcos, cubiertos y en figura de coches ó tartanas, con asienteos en ambos costados, los que ofrecen toda comodidad posible. Tres barcos de estos suben y bajan todas las semanas desde Zaragoza al Bocal, siendo los dos de estos las diligencias que se han establecido desde el año próximo pasado [1832], las cuales hacen el viage en un dia, tanto á la ida como á la vuelta, y en algunas temporadas del año van llenos de gente, no siendo en otras tanta la concurrencia de los viageros, los que de todos modos se hallan muy complacidos en tener un viage tan pronto y cómodo por agua, siendo así que haciéndolo por tierra les es mucho mas penoso, largo é incómodo". *Memoria histórica del Canal Imperial de Aragón: noticia sobre las utilidades que produce y esplicacion de lo que contienen las láminas que se publican.* Madrid: Imp. de D. J. Palacios, 1833, p. 17.

Viajeros por el Canal. Manuel Coyne. Hacia 1945. Colección Manuel Coyne.

Remar, pasear... Cuadrillas de amigos, novios... Apenas vegetación en el cauce. El Canal se cuidaba, lo mimaban. Y las gentes lo frecuentaban porque se divertían de lo lindo.

Canal Imperial. Atribuible a Sicilia. Hacia 1950. Archivo Municipal de Zaragoza.

LAS GRANDES OBRAS. Zaragoza se transforma.

Para bien o para mal los finales del siglo XIX y el siglo XX han golpeado la ciudad de Zaragoza en ambas direcciones: proyectando, construyendo y ensanchando a la par que destruyendo y demoliendo.

La transformación de la ciudad se hizo necesaria en virtud de su aumento poblacional no pudiéndose mantener por más tiempo servicios inadecuados cuando no inexistentes, urgiendo redes de alcantarillado nuevo, higienizar espacios, recalificar suelos y dotar a Zaragoza de prestaciones beneficiosas para el progreso.

La apertura de calles, los ensanches, el ferrocarril, los puentes, fueron la consecuencia más inmediata de que esta ciudad crecía y había de caminar al unísono con los tiempos.

Fue un período, arquitectónicamente hablando, muy fructífero, del que aún participaron los penúltimos representantes de una saga de maestros de obra y arquitectos que llevan construyendo en Zaragoza desde el siglo XVII.

Pero otros eventos ciudadanos dieron pie a organizar en 1908 la Exposición Hispano-Francesa siendo ésta la ocasión de urbanizar la Huerta de Santa Engracia, que dio paso, años después, a uno de los barrios más selectos de Zaragoza.

La burguesía de la ciudad se construyó sus mansiones modernistas, el estilo de moda, en el Paseo de Sagasta, también en voga, ya a partir de 1910.

Y como era de esperar, buena parte del río Huerva se hizo necesario cubrirla para configurar espacios nuevos y habitables. Contribuyó a ello, de alguna manera, la creación de la décima sobre las contribuciones urbanas, de industria y de comercio, que a través de la Ley de Presupuesto obligaba a emplear su importe en obras de saneamiento y ensanches. Aprobada en 1922 sirvió para que el arquitecto municipal Miguel Ángel Navarro presentara varios proyectos: el abastecimiento de agua potable, la necesidad de alcantarillado y desagües y el cubrimiento del río Huerva, saneando y configurándose como el inicio del ensanche de la Gran Vía.

Otras obras de gran envergadura, sin duda, fueron la revisión de los cimientos de la Basilíca del Pilar, que se desmoronaba si Teodoro Ríos no hubiera lanzado su voz de alarma y no se le hubieran inyectado ingentes cantidades de hormigón. Después se terminaron de construir las dos torres que le faltaban.

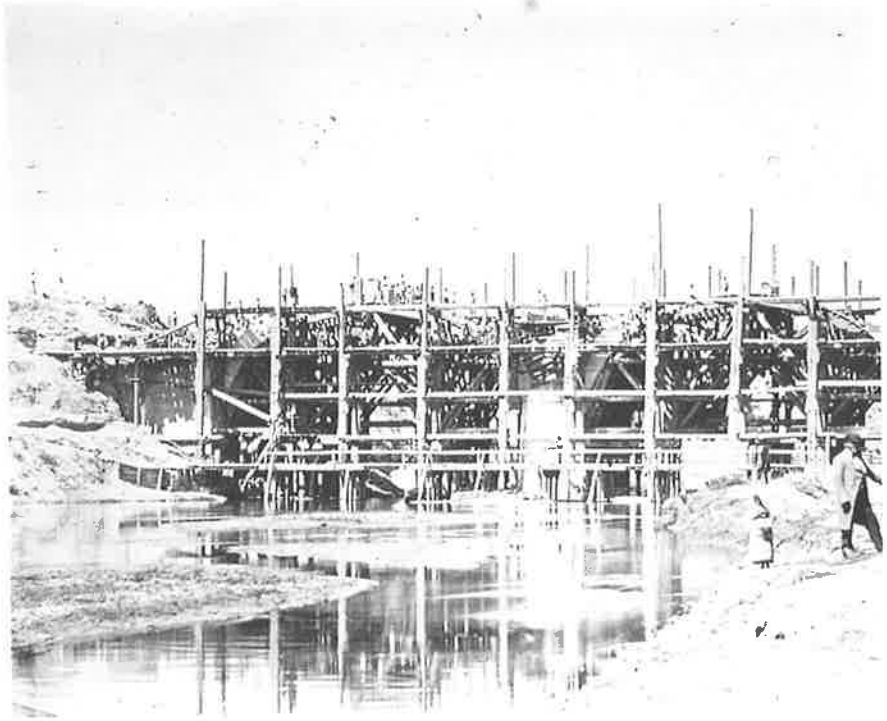
Igualmente le llegó el turno al actual Ayuntamiento que no se construyó de un tirón. Iniciado en 1946 no se acabó hasta entrada en años la década de los sesenta.

Fue también un momento importante para la construcción de centros públicos de salud como el Hospital Miguel Servet, más conocido como la "Casa Grande". Y en sus aledaños se erigieron la Feria de Muestras y el estadio de La Romareda.

Y ya después, Zaragoza se desparramó en barrios creciendo hacia los cuatro puntos cardinales.

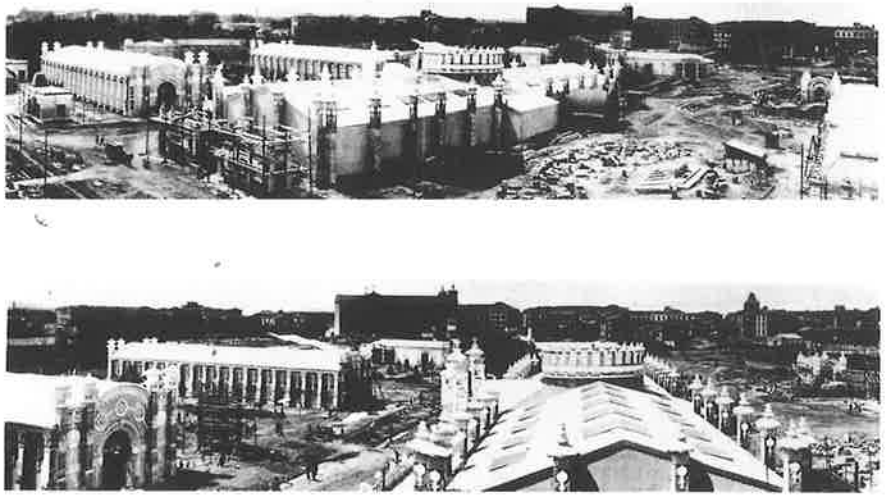
El centro neurálgico de Zaragoza no era sino un dédalo de callejuelas y de trenques insanos, mal orientados y oscuros que el alcalde Antonio Candalija se propuso subsanar hacia 1860 alineando una nueva calle: la calle Alfonso, recta hacia la mismísima cúpula del Pilar. Todos los inmuebles a la misma altura, todos los bajos destinados a establecimientos comerciales. En la esquina la Sombrerería Lamarque que años después se convertiría en el Café Moderno.

Calle de Alfonso I. Atribuible a Anselmo María Coyne. Hacia 1895. Archivo Municipal de Zaragoza.



Para descongestionar el Puente de Piedra se pensó en construir otro aguas abajo del Ebro que se llamó de Nuestra Señora del Pilar o simplemente de Hierro en virtud del material empleado. Las obras fueron adjudicadas a "Maquinaria Terrestre y Marítima", una empresa catalana, poniéndose la primera piedra el 7 de mayo de 1887. La imagen refleja el entramado arquitectónico necesario para montar las arcadas metálicas para lo que emplearon hierro laminado y de fundición.

Construcción del Puente de Hierro. Desconocido. 1887. Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.



La Exposición Hispano-Francesa abrió sus puertas al público el 1 de mayo de 1908 pero como las obras de los diferentes pabellones no estaban terminadas, como se ve en la imagen, el horario de visitas se limitó en los primeros meses entre las cuatro y las siete de la tarde para poder seguir trabajando.

Exposición Hispano-Francesa. Frendenthal, 1908. Archivo Municipal de Zaragoza.

Esta imagen de la Plaza Central del recinto de la Exposición Hispano-Francesa refleja el ambiente de los preparativos y acabados. Al fondo, el Pabellón Central o de la Alimentación, obra de Ricardo Magdalena, que se construyó en su totalidad de adobe. En el centro, la Fuente de Lasuén, como un gran templete, rodeada de jardines. En los extremos, dos grandes expositores, uno de Tudor y otro de Benedictine.

Plaza Central de la Exposición Hispano-Francesa. Ignacio Coyne, 1908. Colección Manuel Coyne.

En 1922 se pensó en cubrir el río Huerva desde el Parque Primo de Rivera hasta el Paseo de la Mina a fin de facilitar el ensanche urbano. Constaba de dos secciones: aguas arriba del Paseo Sagasta (422 m. de río) y aguas abajo (505 m. de río). Fue su autor el arquitecto municipal Miguel Ángel Navarro. En 1934 se cubrió la zona correspondiente al sector de la Gran Vía. Todavía la Facultad de Medicina no tenía enfrente edificio alguno.

Gran Vía sobre el río Huerva. Heraldo de Aragón, 1934. Archivo Municipal de Zaragoza.

Para 1934, aún el Huerva no había sido cubierto en su totalidad. Con Miguel Ángel Navarro como arquitecto y los Hnos. Aísa como contratistas pueden verse en esta imagen los trabajos preliminares sobre el río a su paso por la Facultad de Medicina.

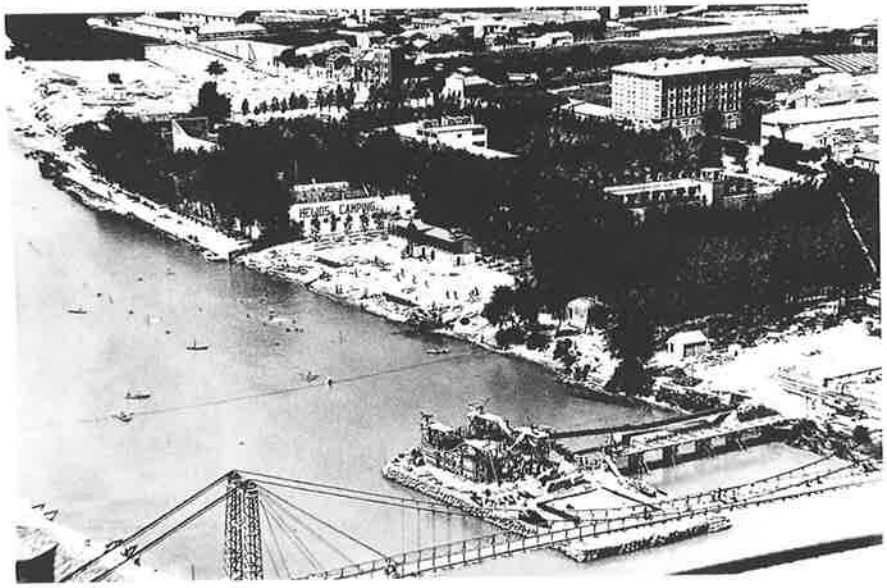
Cubrimiento del Huerva. Heraldo de Aragón, 1934. Archivo Municipal de Zaragoza.

Cuando en 1929 el arquitecto Teodoro Ríos dio la voz de alarma de los fallos de cimentación que sufría la Basílica del Pilar, medio Madrid se movilizó hasta hacer llegar al General Primo de Rivera la triste noticia. Dicen que el General exclamó: "¡El Templo del Pilar no se hunde bajo mi gobierno!" y ordenó el libramiento de 200.000 pesetas con las que el arquitecto Ríos inició el proceso de inyectar importantes cantidades de hormigón en los cimientos para contrarrestar las filtraciones del Ebro. Pero también fue necesario rehacer los pilares interiores de la Basílica que se habían agrietado. Las obras duraron hasta 1940.

El Pilar. Juan Mora Insa. Hacia 1940. Archivo Mora (Diputación General de Aragón).

Antes que el Puente de Santiago comunicase las dos orillas del Ebro aguas arriba del Puente de Piedra, se había instalado una Pasarela de hierro para el paso de viandantes que respondía a proyecto reformado (del de Luis de Fuentes López) del ingeniero de caminos Miguel Luis Mantecón, aprobado por la Dirección General de Obras Hidráulicas en diciembre de 1940. La construcción la llevó a cabo "Maquinista y Fundiciones del Ebro, S. A.", aunque los cables los suministró la "Constructora Naval" de Bilbao. Pero en 1948 dados los movimientos horizontales de los tablones y el vértigo que producía en ciertas personas hubo de arriostrarse. Prestó servicio desde 1941 hasta 1965.

Vista de la Pasarela en construcción sobre el río Ebro. Juan Mora Insa. Hacia 1941. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.



Cuando la Pasarela comenzó a deteriorarse se pensó en la necesidad de construir un puente, el de Santiago, que permitiese la expansión de la ciudad por la orilla izquierda. Los trabajos se iniciaron en 1962. Proyectó y dirigió la obra el ingeniero de caminos Tomás Mur Villaseca. En su momento, dicen, que fue uno de los puentes más anchos de Europa. La imagen recoge la construcción del primer tramo. Fue inaugurado el 13 de marzo de 1967. En cualquier caso, las obras no fueron obstáculo para los bañistas de Helios.

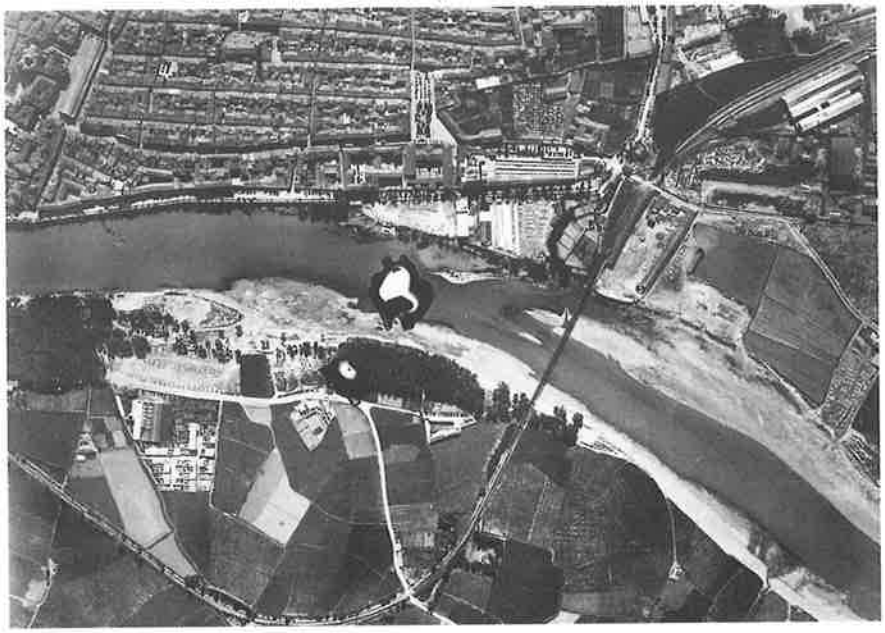
[Puente de Santiago en construcción]. Desconocido. Hacia 1962. Archivo del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón.

Entre 1950 y 1961 se iniciaron y concluyeron las dos torres del Pilar que dan a la Ribera del Ebro. Fueron sus arquitectos los Miguel Ángel Navarro (padre e hijo) y las construyó la empresa Agromán, S. A. El Ayuntamiento también estaba a punto de finalizarse. Su planta se organiza en torno a un patio central. Proyectado por varios arquitectos fue remodelado por José de Yarza y José Beltrán, y no se inició hasta 1946. Tras varias interrupciones se finalizó a comienzos de los años sesenta. La imagen aún deja ver el solar de lo que hoy son los Juzgados.

El Pilar. Vista aérea y su conjunto. A. Gudiol, 1958. Archivo Mas de Barcelona.

La zanja del ferrocarril se prolongaba desde la Avenida de Goya, por Sagasta, hasta Puente Virrey. La zona se fue urbanizando a partir de 1957 de acuerdo al Plan General y el ensanche se hizo en tres etapas. La Avenida del Ferrocarril de los Directos comenzó a cubrirse. Sirva de referencia la iglesia del Perpetuo Socorro.

Avenida de Goya. Desconocido. Hacia 1960. Colección Rafael Barnola.



El vuelo aéreo que el Ministerio del Ejército realizó sobre Zaragoza en 1927 deja ver el Barrio de San Pablo, la Ribera del Ebro, el puente del ferrocarril y las vías que unían la Estación del Norte o del Arrabal con la del Campo Sepulcro (hoy del Portillo), pero pasando primero por el apeadero de la Química. Y toda una zona de huerta alrededor de Helios que poco a poco ha ido urbanizándose.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército, 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

LOS MONUMENTOS. Zaragoza se embellece.

Cualquier ciudad se dignifica a sí misma si es capaz de decorarse sin arrogancia pero recordando a sus próceres o a sus personajes menos importantes aunque queridos por todos. Con aportaciones municipales o por suscripción popular siempre se ha rendido homenaje a nuestros héroes, a nuestros poetas, a nuestros artistas, a la ternura o a la nostalgia, a la niñez perdida sobre ese caballito en el que junto a la Lonja se retrataron tantos chiquillos zaragozanos. Y a su fotógrafo...

La ciudad se dimensiona cuando recorriéndola se apodera de nuestra razón y la amamos conmovidos en su belleza. Porque nos envuelve en esencias y nos atraviesa de punta a punta los sentidos. Y ya así, idos, atolondrados, abandonados a su merced, nos reconocemos protegidos...

Sus esculturas, que sutilmente siempre nos recuerdan hechos, vidas, sacrificios, a veces, también son alegorías de la belleza, de los ideales, de la pureza del recuerdo, del encuentro fugaz...

Y ese espíritu, atrapado en forma de estatua no debemos olvidarlo. Por eso se refuerza con hierro, bronce o piedra.

Todo el siglo XX ha sido proclive a embellecer Zaragoza con figuras nobles desde ideales regionalistas. Pero en muchos casos, curiosamente, sus artífices no fueron escultores aragoneses.

La Plaza de la Seo gozaba de un recoleto jardín en cuyo centro se alzaba la fuente de la Samaritana. Todavía no había sido derribado el Arco del Arzobispo que unió el Palacio Arzobispal con la catedral.

Plaza de la Seo. Anselmo María Coyne. Hacia 1900. Colección Manuel Coyne.

Este muro de la Parroquieta de la Seo anula con su potente belleza mudéjar cualquier otro detalle de la imagen. Así, el Arco del Arzobispo, visto por su lado posterior, que se construyó en época de Andrés Santos y que evitaba a las autoridades eclesiásticas bajar a la calle para oficiar en la Seo. Pero la Comisión de Fomento ordenó su derribo en abril de 1962. Más desapercibido pasa todavía ese farol n.º 678 que alumbraba con gas.

La Seo. Detalle del muro lateral. Adolfo Mas Ginesta, 1919. Archivo Mas de Barcelona.

Desde el 24 de junio de 1859 presidió la Glorieta (actual Plaza de Aragón) esta escultura de Ramón de Pignatelli hasta que en 1904 se trasladó al Parque de Pignatelli. Le fue encargada a Antonio Palao y se fundió en bronce en los talleres Eck y Durand, de París. El pedestal hecho con piedra blanca de la Puebla de Albortón lo realizó el cantero Lorenzo Rementería.

Monumento a Pignatelli. Juan Mora Insa. Hacia 1920. Archivo Mora (Diputación General de Aragón).

Estos son los famosos leones que daban acceso al Puente de Piedra por sus dos extremos, aunque los de la imagen pertenecen al inicio de la calle Sobrarbe. Reformado el puente en 1908 se cambió el pretil y los leones se desmontaron y dicen que los arrojaron al Ebro.

Primitivos leones del Puente de Piedra. Desconocido. Hacia 1900. Colección Filatelia Martínez-Ágreda.

El 22 de octubre de 1904 y en sustitución de la escultura de Pignatelli se colocó esta otra que representa a la institución del Justiciazgo. Ideada por el arquitecto provincial Félix Navarro, la escultura se le adjudió al escultor gallego Francisco Vidal Castro. Se fundió en bronce en los talleres de Averly. La piedra del pedestal se trajo de Codos y trabajaron varios artesanos aragoneses.

Plaza de Aragón. Atribuible a Manuel Arribas. Hacia 1930. Archivo Municipal de Zaragoza.

31 ZARAGOZA. — Monumento a los Martirios. — LL.

El Monumento a los Mártires se alza en mitad de la Plaza de España y se inauguró el 23 de octubre de 1904 siendo la parte escultórica obra de Agustín Querol y el basamento de piedra obra de Ricardo Magdalena. Quería llegar a atribuirse el mismo significado emotivo que hasta un siglo antes tuvo el humilladero de la Cruz del Coso, destrozado durante el primer Sitio de Zaragoza.

Monumento a los Martirios (sic.). LL. Hacia 1915. Archivo Municipal de Zaragoza.

La imagen permite ver buena parte del espacio que fue la Huerta de Santa Engracia y que empezó a urbanizarse con ocasión de la Exposición Hispano-Francesa. El centro, no obstante, lo ocupa el monumento a los Sitios de Zaragoza, obra de Agustín Querol, inaugurado el 28 de octubre de 1908 por los Reyes de España.

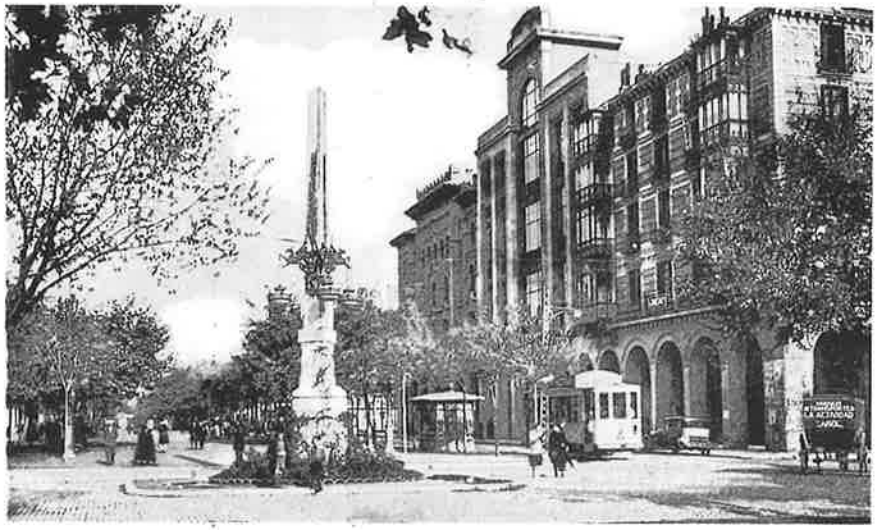
Plaza de Castelar. Atribuible a Manuel Arribas. Hacia 1925. Archivo Municipal de Zaragoza.

El monumento a Agustina de Aragón y a las Heroínas se alza delante de la iglesia del Portillo (donde ella atendió la batería que le dio nombre inmortal) y lo inauguraron los Reyes el 29 de octubre de 1908. Esculpido en bronce, fue su autor Mariano Benlliure.

Monumento a Agustina Zaragoza. Plaza del Portillo. Adolfo Mas Ginesta, 1927. Archivo Mas de Barcelona.

El Monumento a la Exposición Hispano-Francesa de 1908 se inauguró en enero de 1910 en el inicio del Paseo de Pamplona. El encargo recayó sobre los escultores catalanes Hnos. Oslé que realizaron el león y los angelotes, pero el zócalo y el pedestal lo hizo Ricardo Magdalena (hijo). Sobre otro pequeño basamento habría de ir el busto de Basilio Paraíso (benefactor de la Exposición) que no se colocaría, por expreso deseo, hasta después de su muerte. En 1947 el monumento se trasladó al Parque Primo de Rivera.

Monumento a la Exposición Hispano-Francesa. Fototipia Thomas. Entre 1915 y 1920. Archivo Municipal de Zaragoza.



Aunque hoy se alza en el Paseo de la Constitución este obelisco levantado en 1924 para conmemorar el atentado en 1920 contra José de Yarza, César Boente y Joaquín Octavio, primero ocupó el final del Paseo de la Independencia.

Paseo de la Independencia. Atribuible a Castiñeira y Alvarez. Hacia 1924. Archivo Municipal de Zaragoza.

EL AGUA. De aguadores, fuentes y lavaderos.

Si de hecho se dice que Zaragoza es un buen nudo de comunicaciones, también debería explicarse que a la ciudad la atraviesan tres ríos (Ebro, Huerva, Gállego) y el Canal Imperial de Aragón. Y por si no fuera suficiente, y en virtud del buen número que de conventos y monasterios tuvo la ciudad, una red de acequias discurre por el subsuelo de Zaragoza que en otros tiempos regaron sus huertas y jardines.

Sin embargo, hasta 1845 no estuvo disponible la Fuente de la Princesa en la hoy Plaza de España, para surtirse en ella de agua potable. Y hasta allí se encaminaban los aguadores con sus carros, cubas y tubos metálicos para captar el agua de sus cuatro caños o bocas de tritones. Después la iban repartiendo por las casas cobrando a cierta cantidad la carga. Pero había familias a quienes les gustaba que el agua se la trajeran del Gállego dándoles a los aguadores cubo para que se la facilitasen. Claro, que acarrear agua también era obligación de criadas y de amas de casa sin posibles, que a veces mandaban a sus hijas. Y así, los soldados tenían excusa para acercarse a cortejarlas.

A partir de 1862 se instalaron fuentes de vecindad y las hubo en la Plaza de la Magdalena, en la de Santo Domingo, en la del Pilar, en la del Carmen, en la de la Seo, o al comienzo del Paseo de las Damas.

Para mayo de 1879 se publicó el primer Reglamento del Servicio y Distribución de aguas en Zaragoza. Comenzó a suministrarse agua de los depósitos municipales de Torrero. Hacia 1907, necesitando ampliarse la presión en la red de abastecimiento, la toma general se efectuaba desde Casablanca, ampliándose posteriormente con depósitos de decantación y aplicándose filtros.

Desde 1906, por su parte, se estaban llevando a cabo obras de alcantarillado por iniciativa de Félix Cerrada.

Pero es a partir de 1945 cuando el suministro de agua se empezó a hacer por "contador" conviviendo durante algún tiempo con el sistema de tarifa de un tanto alzado hasta que se regularizaron los pagos.

Hubo, no obstante, otro destino para el agua de las acequias que discurren por Zaragoza. Fue el de los lavaderos, distribuidos estratégicamente por la ciudad. Dotados de unas largas pilas cubiertas y con otras instalaciones para hacer las coladas (pasar las prendas por ceniza antes de existir la lejía), lo que más los caracterizaba eran los tinglados de tela metálica y alambres donde tender la ropa formando calles y rectángulos que comunicaban unos con otros. Y las lavanderas más comerciantas no dudaron en plantar en ese pedazo de tierra hortalizas para ellas y flores, dalias sobre todo, que llegada la época de los difuntos venderían a sus señoras para llevar al cementerio.

Aunque hubo varios más siempre se han recordado con gran cariño los lavaderos de Castellví, el de Puentecicos, el del Parque, el de la Tía Benita, el de los Cristales, el de la Balseta de San José, etc.

A la salida de Zaragoza, en el Barrio de Casablanca se alza la Fuente de los Incrédulos, mandada construir por Ramón de Pignatelli en 1786 para hacer constar como indica su inscripción que las aguas del Canal Imperial de Aragón llegaron a Zaragoza: "Para convencimiento de incrédulos y descanso de viajeros".

Fuente en Casablanca. Juan Mora Insa, 1939. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

La Fuente de Neptuno también llamada de la Princesa se inició en 1833 para festejar el juramento de Isabel II como princesa heredera del Reino, pero hasta 1845 no manó agua. A imitación de la fuente que de Neptuno hay en el Paseo del Prado de Madrid, fue esculpida por Tomás Llovet. A esta fuente acudían los aguadores de Zaragoza con sus carros y sus cubas para llenarlas y distribuir el agua por la ciudad.

Plaza de la Constitución. Anselmo María Coyne. Hacia 1900. Colección Manuel Coyne.

Hasta 1902 la Fuente de la Princesa ocupó el centro de la Plaza de la Constitución (hoy de España). Pero convivió durante unos años con el monumento a los Mártires, cuya primera piedra se colocó en 1899. La imagen presenta el entramado del momento en que el arquitecto Ricardo Magdalena preparaba el basamento. El grupo escultórico en bronce de Agustín Querol todavía no se había instalado.

Plaza de la Constitución. Anselmo María Coyne. Hacia 1902. Colección Manuel Coyne.

Hasta la Plaza de la Magdalena se acercaban buen número de aguadores para rellenar las cubas con el agua fresca que salía de la fuente y distribuirla por las casas pudientes de Zaragoza. Pero la Plaza también tuvo importantes tablas municipales donde se vendía carne de cordero, frutas y verduras. La animación por unas causas u otras era permanente.

Plaza de la Magdalena. Anselmo María Coyne. Hacia 1905. Colección Manuel Coyne.

La Fuente de la Samaritana se alzó en la Plaza de la Seo desde 1863. Se fundió en los talleres de Averly y tiene cierto parecido con las esculturas del Segundo Imperio Francés. Hoy alegra la Plaza del Justicia.

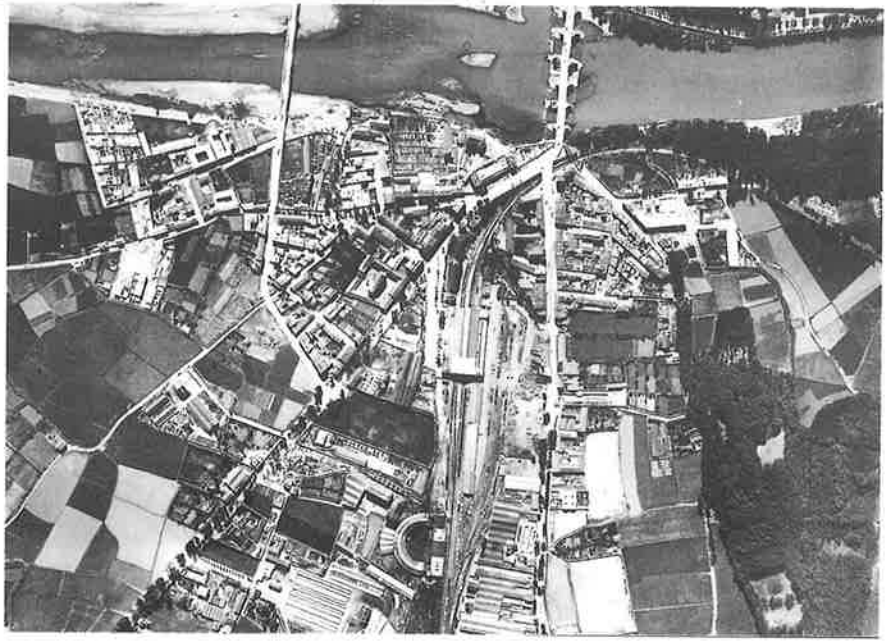
[Típica rondalla aragonesa]. Desconocido. Hacia 1915. Colección José Antonio Minguell.

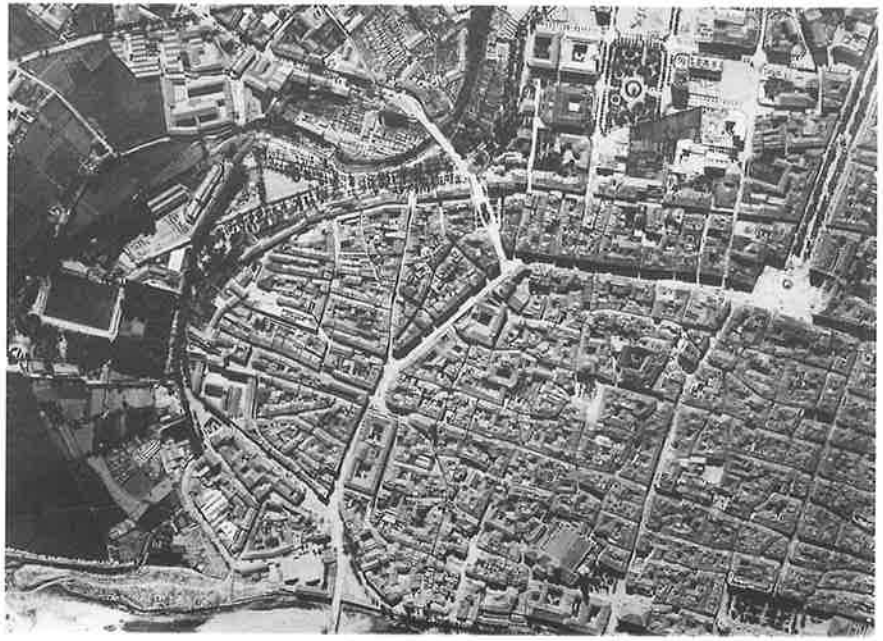
La Plaza de Paraíso ha tenido jardines y una fuente en el centro. Pero no siempre ha sido la misma. Asentada sobre terrenos que no han terminado de consolidar por estar próximos al Huerva (por allí canalizado) han provocado que las filtraciones hayan resquebrajado los cimientos y se haya abierto una sima. Sucesivas reparaciones han conseguido la fuente que hoy tenemos. Pero hacia 1961 era esa otra y tenía este aspecto.

Plaza Paraíso. Desconocido. Hacia 1961. Archivo Municipal de Zaragoza.

Los Depósitos de agua de Casablanca fueron proyectados por el ingeniero de Canales, Caminos y Puertos Carlos Corsini Senespleda hacia 1907, pero no se inauguraron hasta 1912. Aquí puede verse un aspecto del transcurso de las obras.

Depósitos de agua de Casablanca. Manuel Lorenzo Pardo. Hacia 1907. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

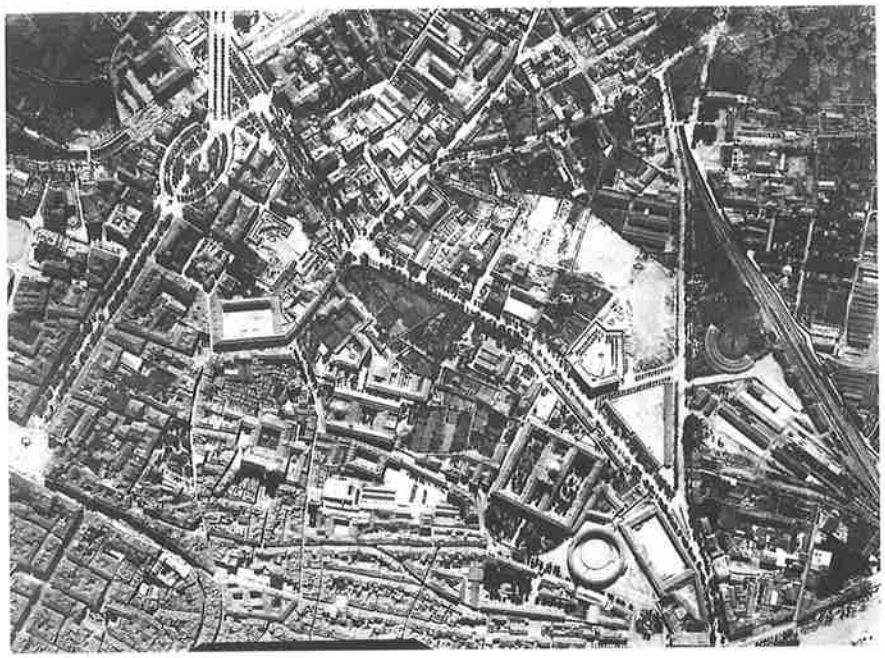




La red de acequias que discurre por el subsuelo de Zaragoza que en su día surtía de agua a las huertas de los conventos, sirvió muchos años después para suministrar agua a los diferentes lavaderos distribuidos por la ciudad. Acondicionados con edificaciones donde hacer la colada, el resto del terreno lo ocupaban un dédalo de cuadros y calles con maderas, telas metálicas y alambres. Cada espacio tenía su tendedero, pero la tierra también servía de huerto donde criar hortalizas, melones o flores.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército, 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército, 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.



Véase texto en página anterior.

Vista aérea de Zaragoza. Ministerio del Ejército. 1927. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

EL COMERCIO. De hortalizas, modas y novedades.

Hay una forma de comercio, el de la venta ambulante que hoy no se admite y que, sin embargo, ha sido un método secular: el de los puestos del mercado con el que casi todas las ciudades contaban por privilegio real. Los martes, los jueves. Daba igual. Era el día de mercado y sobraba. Concedido por Pedro II, Zaragoza trasladó su mercado desde la Puerta Cineja al lugar que hoy ocupa la plaza de Lanuza el 16 de octubre de 1210. Fuera de las murallas de piedra, aunque entre éstas y el barrio de San Pablo, el de los labradores, se alzaba en una explanada con sus toldajos y mercancías. Pero cuando se decide construir un mercado municipal, pese a existir puestos (de leña, de ajos, de carbón, de pescado fresco, de verduras, de sandías, etc.) por las diferentes plazas de la ciudad, allí mismo se levanta, en la plaza de Lanuza, aunque se tuvo que derribar una manzana de dos filas de casas y expropiar todos los puestos de venta. El nuevo Mercado Central es obra de Félix Navarro y se inauguró el día de San Juan de 1903.

Sin embargo, frente a éste hay otro tipo de comercio que no vocea sus productos al cliente. Le atrapa, en cambio, con el glamur de sus escaparates. Son tiendas con solera desperdigadas por las calles más comerciales del casco histórico de Zaragoza que se reconocen al instante por sus marquesinas, maineles, zócalos de mármol, lunas en curva, rótulos de cristal pintado y por sus mostradores, lámparas y anaqueles en el interior. Hoy sólo quedan un puñado de comercios de este tipo. Pero hacia 1900, como dejan ver buena parte de las imágenes, casi todas las tiendas respondían a caprichosos establecimientos mandados decorar por unos propietarios que no repararon gastos ni gusto para que sus fachadas, además de convincentes resultaran decorativas e invitaran al cliente a entrar al interior donde se le recibiría y mimaría en el trato.

Joyerías, almacenes de tejidos, confiterías, sastrerías, cristalerías, pañerías, perfumerías, bazares, farmacias, papelerías, alpargaterías, tiendas de semillas y hasta las funerarias, se esmeraron por dar un buen servicio a los parroquianos pero con la elegancia que se merecían.

Su especial cuidado por lo externo iba desde esas sus fachadas de madera pintadas hasta las tarjetas de visita y los modelos de facturas encantadoramente anclados en los años veinte. Y nunca olvidaron la Prensa en la que se anunciaban en página fija dando todo tipo de detalles de calidad y precios.

Buscando la novedad parisina trajeron las organzas, las gasas, los tarros para confites, el último modelo de sombrero o la polvera para señoras. Una delicia para nuestras abuelas que, para nuestra envidia, aún nos la hicieron conocer.

Los mercados al aire libre son siempre una de las imágenes más coloristas y sinceras de una ciudad ya desde la Edad Media. Organizados por actividades o clases de productos los comerciantes exhiben sus mercancías. Y la época debía ser estival a deducir del gran número de cestas, roscaderos y verduleros repletos de frutas y hortalizas. Pero también se vendían pucheros y cántaros. Los porches daban cierto alivio al calor bochornoso. Al fondo, la cúpula de San Ildefonso.

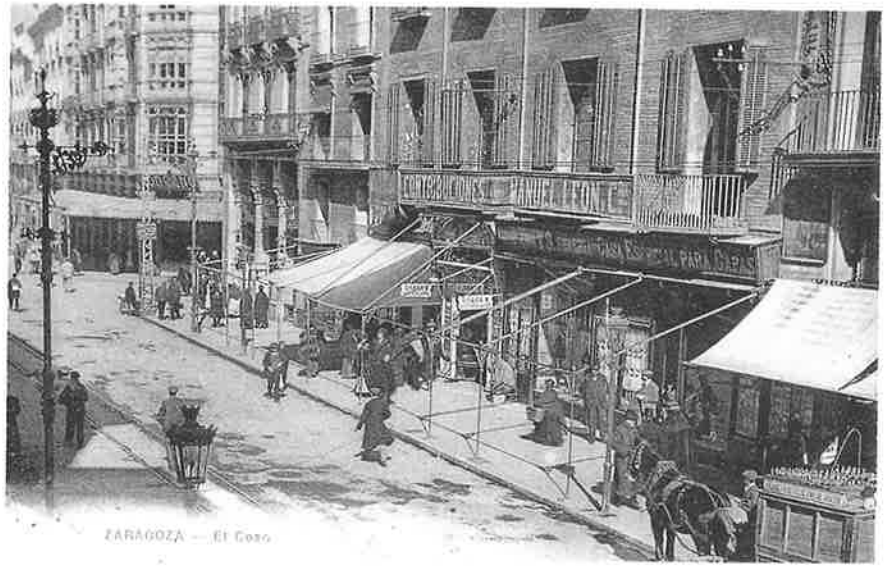
Plaza del Mercado. Juan Laurent y Minier. Hacia 1870. Archivo Ruiz Vernacci-Ministerio de Cultura.

Construido en la Plaza de Lanuza se alza el nuevo Mercado Central. Proyectado por Félix Navarro, se inauguraba en 1903. Usó a discreción el hierro fundido y el cristal. Pero en el interior de los porches se mantenía ese viejo comercio de las cuerdas, las alpargatas y las persianas.

Mercado. Anselmo María Coyne. Hacia 1904. Colección Manuel Coyne.

El interior del Mercado Central se mostraba así, como una pequeña ciudad del grito convincente, del olor apetecible, de las frutas sabrosas y de las carnes encarnadas. Olores, colores, sabores... Un pequeño bazar del bullicio y el regateo, del qué comer y del cómo pagarlo. En esta planta la venta al detalle. Abajo, la venta al por mayor hasta 1972.

Vecinos del Nuevo Mercado. Madriguera. Hacia 1904. Archivo Municipal de Zaragoza.



El Coso siempre ha sido un ir y venir, un mundo de escaparates y novedades que obligaba a las gentes a detenerse y mirar. Cómo resistirse a las modas del momento en esa Sastería Casa especial para Capas que ocupaba los bajos de lo que hoy es el Casino Mercantil... Y ese Bazar X con entrada libre. Los repartidores de botellas de vino... Y las gentes abrigándose sus fríos como podían con gabán, manta, capa, boina o bombín. La prisa, véase, ya casi se había inventado.

El Coso. Manuel Arribas. Hacia 1907. Archivo Municipal de Zaragoza.

La calle Don Jaime en su intersección con el Coso presentaba una publicidad casi complementaria, por no decir que opuesta. Casa Oliván, con equipos para novia y ropa blanca de lujo para el hogar. Y la Funeraria Económica, con los más lujosos ataúdes en los que habitar en la morada final. Y al lado, una administración de lotería. ¡Vaya decisión difícil!

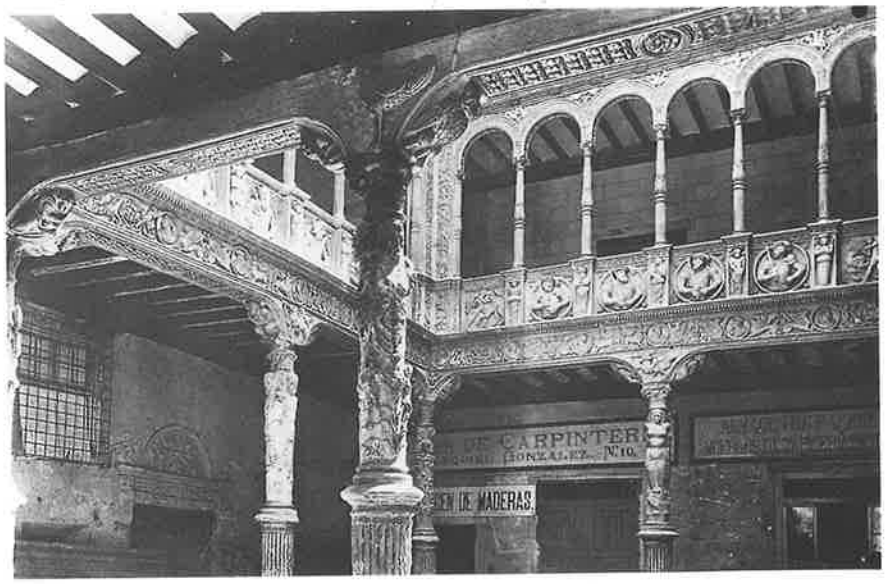
Calle de Don Jaime I. Fototipia Thomas. Entre 1908 y 1920. Archivo del Institut d'Estudis Fotografics de Catalunya.

La calle Alfonso, concurridísima de gentes que pasean, arregladas, por la calle más comercial de la ciudad. Escaparates atractivos, rótulos elegantes, modas, novedades... Y la Navidad encima como puede verse por los billetes que a la venta están en esa tienda de lotería.

Calle de Don Alfonso I. L. Roisin. Hacia 1908. Archivo Municipal de Zaragoza.

En la Exposición Hispano-Francesa de 1908 varias marcas del momento participaron mostrando sus productos. La Asociación de Confiteros no quiso faltar. Y ya se ve como los lamineros de todas las épocas se arrimaban a los dulces bocados.

Asociación de Confiteros en la Exposición Hispano-Francesa. Ignacio Coyne, 1908. Colección Manuel Coyne.



Quién iba a pensar que un patio de la categoría arquitectónica y decorativa que tenía el de la Infanta acabaría convertido en un cúmulo de talleres antes de que se lo llevaran a París. Pues sí. Hubo un almacén de maderas, la carpintería de Ezequiel González, una tapicería, una tienda de carruajes y una fábrica de pianos. Casi, casi, se convirtió antes de morir en una galería comercial...

Casa Zaporta. Detalle de galería alta y baja. Adolfo Mas Ginesta, 1916. Archivo Mas de Barcelona.

La tienda de ultramarinos de Federico Figueras se hizo famosa por su obrador de chocolate, de marca "Los Héroes", aunque vendía, ya se ve, muchos más productos. Sus dependientes siempre amables. Se encontraba esta tienda en la calle del Azoque, poco más o menos a la altura de lo que fue Dux.

Ultramarinos Federico Figueras. L. Cepero. Hacia 1915. Archivo Municipal de Zaragoza.

¡Cómo no recordar este bazar, "La Bola Dorada", donde nuestros abuelos acudían, de chicos, a comprar la ilusión de sus ocho años, las peonzas y las chucherías o a montarse sobre ese caballlito de cartón para viajar lejos, lejos, aunque no salieran de la tienda! Pero ya, la calle de Candalija no volverá a tener los anuncios de sus paredes ni los brillos de sus escaparates repletos de baratijas.

La Bola Dorada. A. Grasa. Hacia 1920. Colección Teresa Grasa.

Semillas Gavín, bajo los porches del mercado, fue y sigue siendo uno de los comercios tradicionales zaragozanos que con más mimo mantiene su fachada, escaparate e interior. El colorido de sus productos es el mejor reclamo de los sentidos. Pero el trato humano y la calidad de lo que allí se vende fue y es su mejor virtud.

Casa Gavín. Desconocido. Hacia 1930. Cortesía de la Familia Gavín.

Este viejo establecimiento que hacía esquina entre la calle del Pilar y la de Don Jaime tiene el empaque de un edificio clásico y la coquetería femenina que busca la seducción. ¡Cómo negarse a entrar si dentro vendían la Gloria...!

Don Jaime I. Desconocido. Hacia 1920. Colección Enrique Asín.

Los objetos pilaristas y las velas se vendían en estos kiosquitos inmediatos a la Basílica del Pilar. Pilaricas, estampas, medallas, dedales y otros diminutos recuerdos viajaron de aquí rumbo a la eternidad, porque qué peregrino no habrá comprado alguno...

Plaza del Pilar. Manuel Coyne. Hacia 1930. Colección Manuel Coyne.

La Plaza de San Felipe vendió de todo: paños en la Casa Fortea (especializada en telas para luto), cerillas y periódicos, verduras, palmas del Domingo de Ramos, cafés... Toda una vida de recuerdos.

Casa de los Cerdán de Escatrón. Adolfo Mas Ginesta, 1918. Archivo Mas de Barcelona.

EL OCIO Y LA DIVERSION.
De cafés, cines y teatros.

Los cafés antiguos, que nada tenían que ver con nuestras cafeterías actuales, eran unos espacios acogedores y sugerentes donde encontrarse con los amigos o meditar a solas. Dotados de camareros complacientes que traían los terrones de azúcar y hasta el periódico si se terciaba, los cafés siempre han sido un refugio ameno donde jugar al guiñote y al dominó, deleitarse bebiendo un café cargadito (aunque fuera de achicoria) o fumar a discreción, porque oír el piano (que también contaban con él) no siempre era posible ante el bullicio de los demás. Decorados con grandes espejos que duplicaban la capacidad del local, contaban con veladores de mármol, divanes de terciopelo y un reloj.

Varios y diversos fueron los cafés zaragozanos. Uno famoso fue el "Café de San Pedro"; también conocido como "del gato", por el que ronroneaba entre los clientes, que se alzó en la calle Méndez Núñez y del que aún se conserva el espejo y el reloj impecablemente lucidos en la confitería "La Flor de Almíbar". Algunos recordarán el Café de la Iberia, o el Condal, o el del Duque, el Aragonés, el Nacional, el Universal, el Royalty, el Oriental, el Europa (que sacó los veladores a la calle), el Ambos Mundos, el Moderno, el Gambrinus, el Salduba y tantos otros.

Pero pronto hizo furor el cinematógrafo en Zaragoza ya procedente de las barracas de feria aunque hasta 1905 no se pudiera admirar desde una sala. Ese local fue el "Palacio de la Ilusión" en la calle de Estébanes, que abrió sus puertas el 23 de febrero de 1905. El 4 de marzo de ese mismo año estrenaba el "Cinematógrafo Novelty" (donde varios años después estaría el Ena-Victoria). Y el 10 de marzo, en la calle de San Miguel, 3 se abría el "Cine Coyne", que exhibió las más importantes novedades e introdujo "películas parlantes". Tras los primeros vinieron muchos más: el Farrusini, el Ena-Victoria, el Alhambra, el Dorée, el Madrid, el Delicias, el Goya, el Iris, el Frontón, el Monumental, el Actualidades, el Gran Vía, el Victoria, el Elíseos... Y hasta los actuales. Indudablemente, el cine hizo furor.

Al Teatro Principal también le fueron saliendo competidores. Hacia 1857 ya existía el Teatro Variedades en la calle de las Vírgenes. En 1870 se inauguró el Teatro Novedades en el Paseo de la Independencia a la altura de la actual calle de Casa Jiménez. En ese mismo año se inauguraba el Teatro Lope de Vega o el "Cuenco" habiendo dado en él un concierto Francisco Tárrega. En 1873 se inauguró el Teatro La Infantil con representaciones de comedia y drama, zarzuela y su anual "Don Juan Tenorio". En 1878 se inauguró el Teatro Pignatelli con excelente acústica y una sala de dos plantas, por no citar su terraza ideal para las noches de verano. En 1881 abría sus puertas el Teatro Goya (en el local que hoy ocupa E.R.Z.S.A.) con un escenario no muy amplio y poco aforo, pero en él cantó Julián Gayarre. En 1887 se inauguró el Teatro Circo a imitación del Price de Madrid y algunos años después se habilitó para representaciones teatrales cantando en él Miguel Fleta. Para 1899 se abrió el Teatro Variedades del Paseo de la Independencia donde se pasó cine mudo y se representó zarzuela, comedia y varietés. En 1910 se inauguraba el Teatro Parisiana que tras algunas reformas se convirtió en el Teatro Argensola. En 1958 el Iris cambió su nombre por el de Teatro Fleta. Y los tiempos y modas fueron habilitando otros, como el del Mercado, etc. Pero salvo el Principal y el Fleta (con no muy buenos vientos), hemos perdido todos los demás.

Café Ambos Mundos. Exterior. Desconocido. Hacia 1930. Archivo del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón.

El Café Ambos Mundos fue inaugurado el 2 de octubre de 1881, ocupando los números 32-34 del Paseo de la Independencia. Proyectado por Antonio Miranda fue decorado por Alejo Pescador. Tenía jardín para servicio de verano y salones de hasta 7 metros de altura decorados con pinturas de estilo pompeyano. Pero parecía tan lejano que los dueños regalaban un billete de tranvía, el azúcar no se racionaba, siempre había agua fresca, palillos sin usar y prensa diaria, confiando así en ampliar la clientela. Sufrió una reforma en 1930 hecha por Bravo. Y cerró el 2 de septiembre de 1955.

Café Ambos Mundos. Interior. Desconocido. Hacia 1930. Archivo del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón.

El Café Moderno estuvo situado en el número 1 de la Calle Alfonso. Se abrió en 1902 perdurando hasta 1944. Fue punto de reunión de algunas "peñas".

Café Moderno. Interior. Desconocido. Hacia 1930. Archivo del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón.

Esta imagen de la Plaza de España deja ver el emplazamiento del Café Royalty, inaugurado en 1911 y hasta donde acudían todos los artistas después de acabados los espectáculos; el Café Oriental, siempre lleno y que abría a las cinco de la madrugada. Y entre ambos, el rótulo publicitario del periódico "La Voz de Aragón".

Monumento a la Independencia (sic). Adolfo Mas Ginesta, 1927. Archivo Mas de Barcelona.

Una imagen ya bien poco habitual del coso, con ese Estanco que daba acceso a los billares La Unión, tan llenos de humo y diversión según cuentan quienes los frecuentaban. Y un cafetín donde se jugaban buenas partidas de rabino.

El Coso. Adolfo Mas Ginesta, 1909. Archivo Mas de Barcelona.

El Gran Casino construido para la Exposición Hispano-Francesa, obra del arquitecto Magdalena Tabuenca, representa en este su vestíbulo un brillante ejemplo del modernismo zaragozano, con su abundante decoración vegetal y su elegancia. Terminada la Exposición se le entregó el edificio al Ayuntamiento y en él se instaló el Palacio de la Música. Pero durante los años 30 se inhabilitó y destruyó.

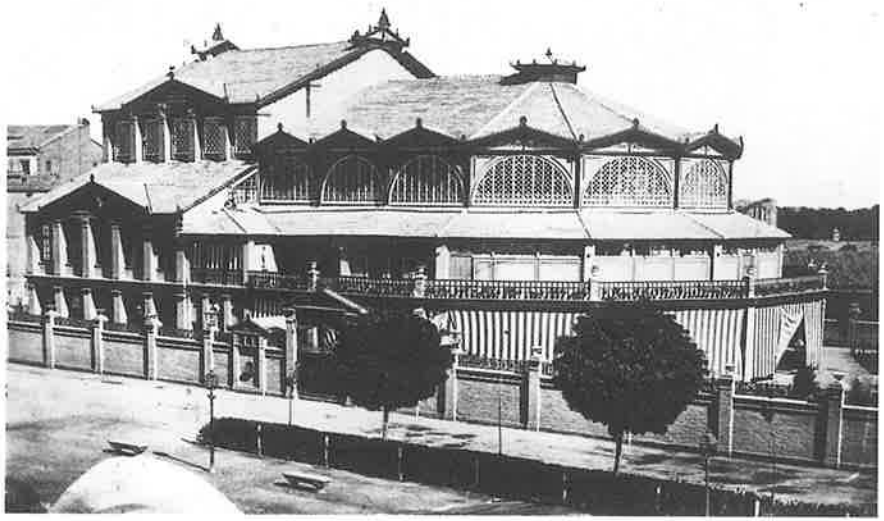
Vestíbulo del Gran Casino. Ignacio Coyne, 1908. Colección Manuel Coyne.

El Teatro Principal de Zaragoza ha sufrido varias reformas tanto en esta fachada como en la posterior. La de la imagen es la que se construyó en estilo neoclásico hacia 1848, obra de José Yarza y Miñana. A ambos lados del edificio hay otras entidades comerciales.

Teatro Principal. Manuel Coyne. Hacia 1916. Colección Manuel Coyne.

El Teatro Variedades, en el Paseo de la Independencia, 24 comenzó como "Cinematógrafo y gran fonógrafo Edison" y en él se proyectaron un buen número de películas mudas, pero durante algún tiempo fue escenario de representaciones de zarzuela y comedia.

Teatro Variedades. Greco, 1922. Colección Fernando Solsona.



Exterior e interior del Teatro Pignatelli, obra del arquitecto Félix Navarro. Se utilizaba desde junio hasta finalizadas las fiestas del Pilar y tenía jardín y terraza para que los espectadores pasearan en los entreactos. Se inauguró el 8 de agosto de 1878 con una obra de Tamayo y Baus. Y en él se estrenó en 1899 la zarzuela "Gigantes y Cabezudos". Pero tras la actuación de Pastora Imperio y una compañía de varietés en 1915, cerró sus puertas y poco después fue derribado. Sobre él se edificó Correos y la Telefónica.

Teatro Pignatelli. Exterior. Ignacio Coyne. Hacia 1915. Colección Manuel Coyne.

Teatro Pignatelli. Interior. Ignacio Coyne. Hacia 1915. Colección Manuel Coyne.

La Semana Santa zaragozana también tenía sus devotos. En esta imagen pueden admirarse los centuriones, los terceroles y el Cristo de la Cama en toda su magnificencia.

Cristo de la Cama. Manuel Coyne. Hacia 1925. Colección Manuel Coyne.

Pero era mejor acompañar a los Gigantes cuando pasaban por la Plaza del Pilar. Viniendo con ellos gaitero y tamborilero, como venían, pues ¡a bailar!

Gigantes. Manuel Coyne. Hacia 1925. Colección Manuel Coyne.

¡QUE LLEGA EL PROGRESO!
La industrialización de Zaragoza.

No fue tan rápida ni espectacular como se hubiera deseado, pero la industrialización llegó a Zaragoza. Perdido el emporio de las manufacturas textiles, destrozada la ciudad por una Guerra de la Independencia que se presentó dura y despiadada, quedamos muy desplazados de un proceso industrializador.

Pero el Canal Imperial de Aragón sirvió modestamente para iniciar el despegue, porque a través de acequias que condujeron sus aguas, éstas pusieron en movimiento ingenios hidráulicos que movieron maquinarias y muelas. Así, en enero de 1853 comienza a funcionar la Sociedad Maquinista Aragonesa. E igualmente varias harineras. En 1864 (con capital francés) ya existía la Compañía del Gas.

Otros desastres en tierras americanas provocan que varios productos que desde ellas nos llegaban interrumpan su importación no quedando más remedio que producirlos desde aquí. Un ejemplo fue el azúcar. Aprovechando que ya se había experimentado con el cultivo de la remolacha en la Granja Escuela de Zaragoza desde 1892, surgen la Azucarera de Aragón, la Azucarera del Gállego y la Azucarera y Alcoholera del Pilar. Parejas a ellas nacen las fábricas de abonos y fertilizantes y las fábricas de alcohol que empleaban como materia prima las melazas que desechaban las azucareras.

Aparecen las industrias eléctricas en Zaragoza: Electra Peral, Compañía Aragonesa de Electricidad, Fuerzas Motrices del Gállego, Teledinámica del Gállego, Electro-Química Aragonesa y Eléctricas Reunidas de Zaragoza, S. A.

En la industria metalúrgica destacó "Materia Móvil y Construcción Carde Escoriaza", fábrica desde la que se hicieron infinidad de coches de ferrocarril, buena parte de los vagones para la Compañía del Metropolitano de Madrid y desde luego, la totalidad de los tranvías de Zaragoza y de casi toda España. Destacó también desde 1855 "Fundiciones Averly, S. A.", donde se hacía maquinaria para molinos, turbinas hidráulicas, farolas, etc. No debe olvidarse tampoco "Maquinista y Fundiciones del Ebro" que se especializó en la fabricación de válvulas-compuerta. O "Izuzquiza Arana, Hnos." que elaboró cocinas, estufas y otros artículos de fumistería.

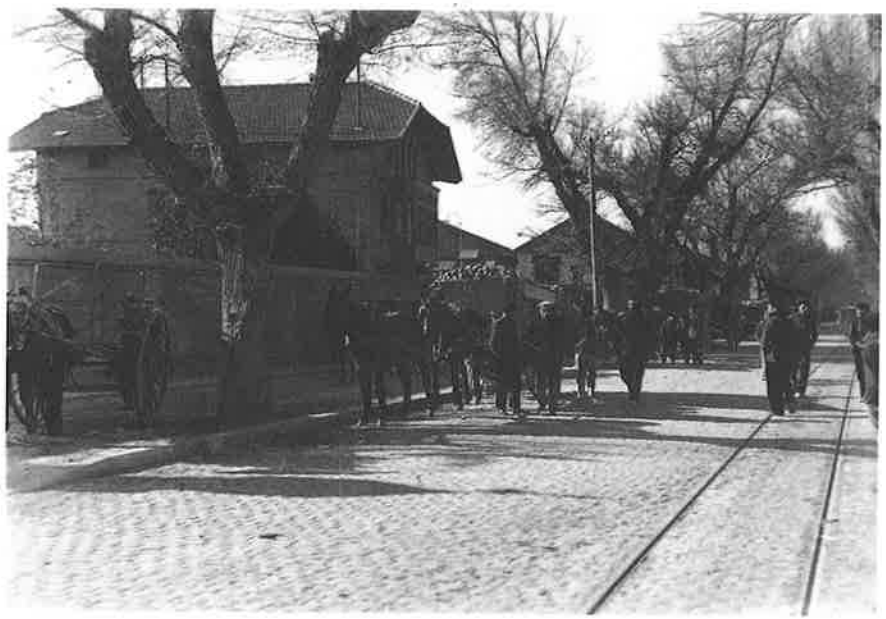
No pueden dejarse de citar la fábrica de harinas "La Industrial de Aragón", ni "Galletas Patria" que además de galletas, elaboraba infinita variedad de bizcochos. O "Chocolates Orús" que permitía visitar sus instalaciones libremente y que tenía una capilla dedicada a la Virgen del Carmen dentro de la fábrica. Y "La Constancia" que era otra fábrica en la que se hacían adoquines, caramelos y frutas en almíbar.

El progreso había llegado a Zaragoza y con él el desarrollo de su industria.

La Azucarera del Gállego se muestra en esta imagen con toda la arrogancia de una industria en sus momentos más memorables, más competitivos. Hoy da lástima ver su angustiosa belleza abandonada a la luz insinuante del atardecer.

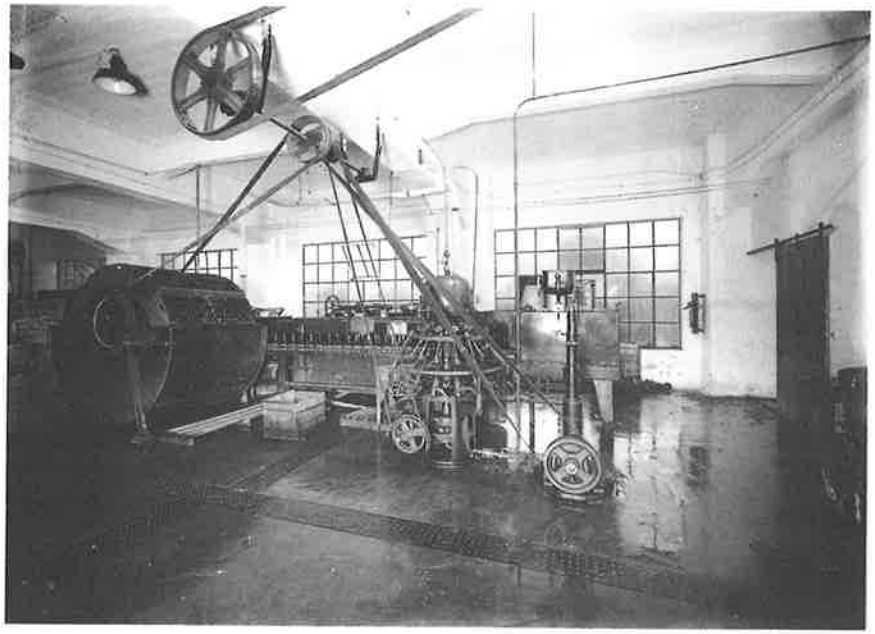
Azucarera del Gállego. Juan Mora, 1935. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Azucarera del Gállego. Desconocido. Hacia 1935. Colección Enrique Asín.



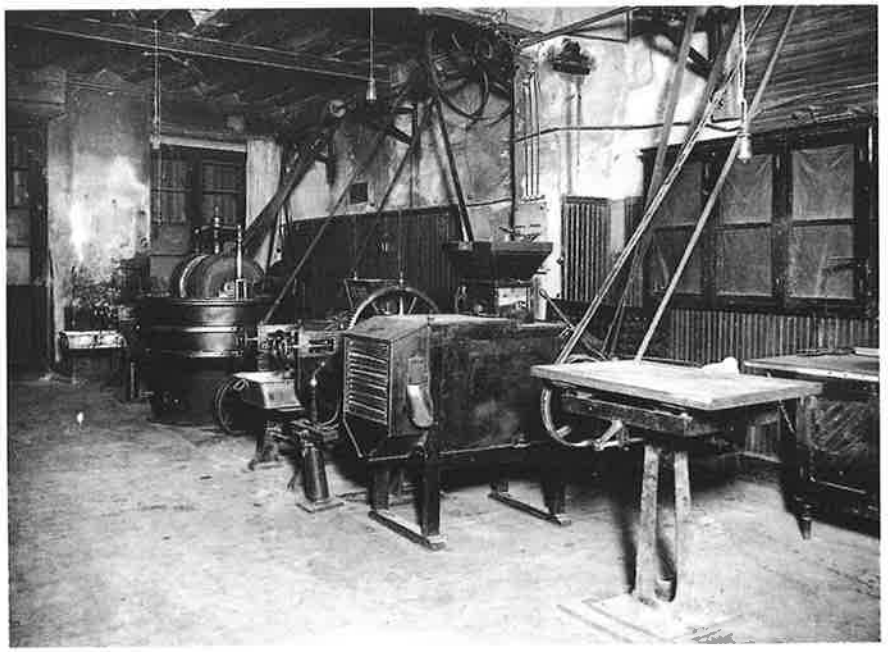
Son aquellos tiempos fríos, duros, es verdad, pero de abundancia. Estos carros cargados hasta rebosar traían las remolachas con las que elaborar los azucarillos. Y daban trabajo a estos hombres que ayudaban en el transporte y a los obreros de la Azucarera del Gállego que la transformaban en dulzura.

Filas de carros en espera de entrega. Juan Mora Insa, 1935. Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro.



La Zaragozana es la fábrica de cervezas más antigua de Zaragoza. Fundada en 1900 se la dotó de una maquinaria que debía ser puntera en la época. Aquí, en esta sección, se lavaban los "cascos" o envases de vidrio.

La Zaragozana. Fábrica de cervezas. Juan Mora Insa. Hacia 1940. Archivo Mora (Diputación General de Aragón).



Aunque esta postal sea un reclamo publicitario de la propia firma de Chocolates Orús, no deja de ser impresionante la dignidad arquitectónica de la fábrica y la vivienda familiar. Adornada con azulejos por fuera y diáfana por dentro a deducir de sus grandes vanos, debió ser una empresa modélica en muchos sentidos, incluyendo el de la calidad del producto.

Vista General de la Fábrica de Chocolates Orús. Fototipia Thomas. Hacia 1920. Archivo Municipal de Zaragoza.

Hubo otros obradores en Zaragoza que también elaboraban apreciados chocolates. Éste corresponde al interior de Ultramarinos Figueras, donde se fabricaba la marca "Los Héroes", con una maquinaria imprescindible: concha, refinadora, rebutidora que obligaba a expulsar las burbujas...

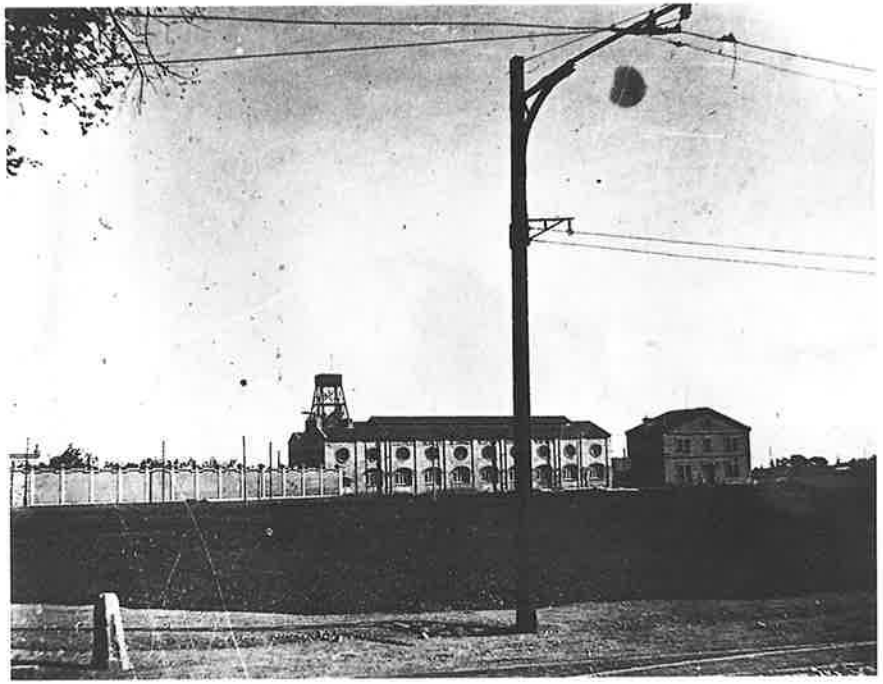
[Obrador de Ultramarinos Figueras]. L. Cepero. Hacia 1915. Archivo Municipal de Zaragoza.

Este recinto y sus edificios se crearon para albergar la Exposición Aragonesa de 1885. Lo construyó Ricardo Magdalena entre 1880-84. Pero finalizada la Exposición se destinó a Matadero Municipal, porque el de vacas y corderos de la calle Sobrarbe y el de cerdos de la calle Escobar estaban inservibles. Con las reses preparadas para introducir en las furgonetas de reparto a las carnicerías se tomó esta foto. El centro del patio lo ocupaba una fuente decorada, como no podía ser menos, con el Buen Pastor, obra de Dionisio Lasuén, hoy al final del Paseo de la Constitución.

Matadero Municipal. Desconocido. Hacia 1945. Archivo Municipal de Zaragoza.

Impresionante imagen de las reses recién matadas, abiertas y vaciadas de vísceras esperando el momento de ser transportadas a las carnicerías.

[Matadero Municipal. Nave interior]. Desconocido. Hacia 1945. Archivo Municipal de Zaragoza.

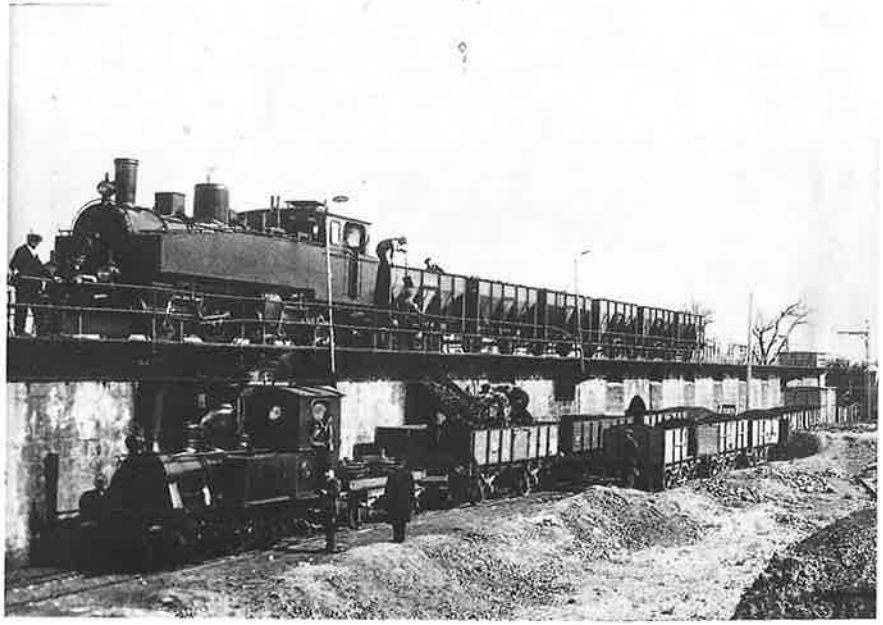


La energía eléctrica desbarató los viejos modelos productivos y puso en marcha una industria que comenzó a ser competitiva. Ésta era la fábrica de Eléctricas Reunidas en la Avenida de Cataluña.

Eléctricas Reunidas. Desconocido. Hacia 1940. Colección Enrique Asín.

La Estación del Norte nos trae al recuerdo las añoranzas de los viajes de antaño, lentos, pero ensoñadores, con los "bultos" y las viejas maletas. O aquellos "simones" que desde el Paseo de la Independencia, pasando por el Hotel de las Cuatro Naciones, te paseaban sin demora hasta el Rápido de las once. Tiempos encalmados cuya pereza generó la prisa.

La Estación del Norte. Desconocido. Hacia 1930. Colección Enrique Asín.



Viejas locomotoras pero operativas, capaces de arrastrar vagonetas de carbón procedentes de las entrañas mismas de la tierra turolense. Estación de Utrillas, vieja, cansada, olvidada... Aunque tanto diste...

[Descargando carbón]. Desconocido. Hacia 1920. Archivo Municipal de Zaragoza.

BIBLIOGRAFIA

AZAGRA, Víctor. *Cosas nuevas de la Zaragoza vieja.*- Zaragoza: Mira Editores, 1987. 2 vols. (109, 126 pp.).

BIESCAS FERRER, José Antonio. El proceso de industrialización en el Aragón contemporáneo. – Zaragoza: I.C.E., 1980. Pp. 729-749. *(Actas de las Jornadas Estado actual de los estudios sobre Aragón, II).*

BLASCO IJAZO, José. *¡Aquí... Zaragoza!.* – Edic. facsímil. – Zaragoza: C.A.Z.A.R., 1988. 6 vols. (263, 271, 279, 278, 271 y 219 pp.).

BLASCO IJAZO, José. *Los que fueron y los que son. Casi dos siglos de curiosa historia (1764-1945).* – Zaragoza: El Día, 1986. [116 pp.]. – (Col. Los libros de El Día, 25).

CASAMAYOR, Faustino. *Años artísticos de Zaragoza 1782-1833 sacados de los años políticos e históricos;* por Angel San Vicente.- Zaragoza: Ibercaja, 1991. 365 pp.

EXPÓSITO SEBASTIÁN, Manuel. Dibujos de Ambrosio Lanzaco para la Puerta de Santa Engracia de Zaragoza (1815). Un ejemplo de arquitectura conmemorativa del neoclasicimo aragonés. — *Artigrama,* 5. (1988), pp. 185-200.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy. La dictadura aragonesa durante la Dictadura de Primo de Rivera. – *Cuadernos Aragoneses de Economía, 4.* – (1980). Pp. 181-190.

FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos. Comerciantes, artesanos e industriales en la Zaragoza del final de la época Isabelina. – *Cuadernos Aragoneses de Economía, 4.* – (1979-1980). Pp. 161-179.

GAY BERGES, Miguel. *Zaragoza, instantáneas grises.* – Zaragoza: C.A.Z.A.R., 1972. 150 pp.

GONZÁLEZ Y GÓMEZ, Simón. *Los puentes sobre el Ebro a su paso por Zaragoza.* – Zaragoza: C.A.Z.A.R., 1987. 71 pp.

GUÍA de Zaragoza, 1860. Estudio e introducción histórica de Fco. Asín Remírez de Esparza. – Ed. facsímil. – Zaragoza: Librería General, 1985. 615 pp.

HERNÁNDEZ RUIZ, Javier y PÉREZ RUBIO, Pablo. *Cineastas aragoneses.* – Zaragoza: Ayuntamiento - Servicio de Acción Cultural, 1992. 215 pp.

JIMÉNEZ ZORZO, Fco. Javier. *La industrialización en Aragón. La Fundición Averly de Zaragoza.* – Zaragoza: D.G.A. - Departamento de Cultura y Educación, 1987. 261 pp. – (Temas de Historia Aragonesa, 6).

MARTÍNEZ VERÓN, Jesús. *Arquitectura de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.* – Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 1984. 263 pp. (Col. Temas Aragoneses, 53).

PASEO pintoresco por el Canal Imperial de Aragón, ó colección de vistas del mismo publicadas de orden del Rey Ntro. Sr. Don Fernando VII. – Edic. facsímil. – Zaragoza: Excmo. Ayuntamiento, 1984. 24 pp. + 38 láms.

PÉREZ SARRIÓN, Guillermo. *El Canal Imperial y la Navegación hasta 1812.* – Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 1975. 252 pp. (Col. Temas Aragoneses, 8).

ROMERO, Alfredo; SÁNCHEZ MILLÁN, Alberto y TARTÓN, Carmelo. *Los Coyne. 100 años de fotografía.* – Zaragoza: Diputación, 1988. 188 pp. (Col. Fotografía Aragonesa; 3).

ROMERO SANTAMARIA, Alfredo; CARBÓ PERSEGUER, Enrique L. y BARDAJI, Rafael. *Imágenes de Aragón, ayer. Fotografías del Archivo Mora.* – Zaragoza: Diputación General de Aragón - Departamento de Cultura y Educación, 1986. 134 pp.

RUIZ MARÍN, Julián. *Memoria amante y personal de las calles de Zaragoza.* – Zaragoza: Gráficas Ubau, 1991-1992. 3 vols. (335, 335 y 347 pp.).

SÁNCHEZ SANZ, M.ª Elisa. El Archivo de Imágenes Retrospectivas de Zaragoza como fuente de estudio del urbanismo de la ciudad. *Actas del VII Coloquio de Arte Aragonés.* Jaca, 1991. (En Prensa).

TORGUET ESCRIBANO, Nardo. *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX. Apertura de la Calle Alfonso I.* – Zaragoza: Excmo. Ayuntamiento - Gerencia Municipal de Urbanismo, 1987. 156 pp.

VV.AA. *Guía Histórico-Artística de Zaragoza.* – 2.ª ed. – Zaragoza: Excmo. Ayuntamiento-Delegación de Patrimonio Histórico-Artístico, 1983. 469 pp.

VV.AA. *Zaragoza. Las tiendas de ayer... hoy. El zócalo urbano.* – Zaragoza: C.A.Z.A.R. – Colegio de Decoradores de Aragón, 1988. 57 pp.

VV.AA. *Zaragoza. Prehistoria y Arqueología.* – Zaragoza: Ayuntamiento - Gerencia de Urbanismo, 1991. 65 pp.

AGRADECIMIENTOS

El Área de Cultura y Educación del Ayuntamiento de Zaragoza y el Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón agradecen la generosa colaboración de cuantas Instituciones, Entidades y personas han hecho posible esta exposición, y especialmente a:

Familia Gavín
Familia Jarke
Rafael Barnola
Rafael Esteban
Carlos Buil
José Antonio Minguell
Teresa Grasa
Manuel Coyne
Juan Antonio Escobedo
Fernando Solsona
Enrique Asín
Filatelia Martínez-Ágreda
Archivo Mas
H. Roger-Viollet
Biblioteca Nacional
Ministerio de Cultura
Institut d'Estudis Fotografics de Catalunya
Heraldo de Aragón
Confederación Hidrográfica del Ebro
Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón

EXPOSICION

Promueve
Ayuntamiento de Zaragoza
Area de Cultura y Educación

Patrocina
Gobierno de Aragón
Departamento de Educación y Cultura

Organiza
Servicio de Acción Cultural del Ayuntamiento de Zaragoza
Archivo Municipal de Zaragoza

Título
ZARAGOZA
Memoria en blanco y negro

Espacio
Archivo Municipal
Palacio de Montemuzo

Período
22 abril - 5 junio 1994

Reproducciones fotográficas
Luis Torres Freixinet

CATALOGO

Impresión
Litocian, S. L.

ISBN
84-8069-032-1

Depósito legal
Z-1.165/94

Este catálogo, editado
con motivo de la exposición
ZARAGOZA
Memoria en blanco y negro,
se acabó de imprimir
en los talleres de
Litocian, S. L.,
de Zaragoza,
el día 22 de abril
de 1994

GOBIERNO DE ARAGON

AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA